

BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
MUSEO DE BALEARES

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Hotel de la *Institución*.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas y maestros, 5 —Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira á los suscritores, recarga *una peseta* al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XXVIII.

MADRID, 31 DE MARZO DE 1904.

NÚM. 528.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Las fases de la educación y el lenguaje, por el *Doctor F. A. Coelho*.—La Paidología; su historia y estado actual, por *D. Martín Navarro Flores*.—Revista de revistas, por *D. J. Ontañón*.

ENCICLOPEDIA

Los pueblos del Asia, por *D. R. Torres Campos*.—La propagación del cristianismo, por *D. Edmundo González Blanco*.

INSTITUCIÓN

Libros recibidos.

PEDAGOGÍA

LAS FASES DE LA EDUCACIÓN Y EL LENGUAJE (1)

por el *Prof. hon. Dr. F. A. Coelho*,

Catedrático del Curso Superior de Letras, de Lisboa.

I

En la serie animal, son muy variadas las relaciones entre los padres y los hijos: pueden limitarse al acto de la generación, ó extenderse á cuidados más ó menos complejos en los primeros tiempos de la vida de la prole; cuidados que llegan á durar años, ó hasta la vida toda, en diversos casos, en la especie humana. Hay, por ejemplo, insectos cuyas hembras ponen huevos de que han de nacer hijos cuando los padres ya no existan; pero, aun en este grado de las relaciones paternales, aparécennos, á veces, cuidados es-

peciales de la madre para asegurar la conservación de los huevos y la primera alimentación de la prole, como se observa en el *ichneumon*, que pone los huevos en el cuerpo de una larva escondida en las escamas de una piña.

En muchas especies, los hijos necesitan más ó menos cuidados de protección en el primer período de la vida, aunque sean aptos para marchar y adquirir el alimento desde el nacimiento; en muchas otras, la falta de esa aptitud exige que sean alimentados por la madre ó por ambos padres. En fin, en los mamíferos hay la función especial de la amamantación, de cuyo órgano deriva el nombre de ese gran grupo; aquí, las relaciones entre la madre y el hijo fórmanse más íntimas y prolónganse más, aumentando aún muchas veces los desvelos de protección por parte de los padres, desvelos ya tan interesantes en los simios. Así, en las relaciones de los padres para con los hijos, hallamos primero la simple propagación de la especie; después, una actividad que tiene por fin poner al abrigo de la destrucción y promover el crecimiento de la prole, hasta que ésta pueda valerse por sí propia, procurarse los medios de satisfacer sus necesidades. Pero esta actividad tiene, en primer lugar, función puramente mecánica y fisiológica; como, sin embargo, el instinto, ayudado por la experiencia individual, no basta para emancipar muchas especies de los cuidados de los padres, vemos complicarse esos cuidados con actos de otra naturaleza, rudimentos de una enseñanza consistente en instigaciones, en la práctica de movimientos que inciten á los hijos á la imitación, hasta en la represión de

(1) Véase el núm. 524 del BOLETÍN.

ciertos movimientos por parte de ellos. Así, la osa madre enseña á los suyos á andar, á trepar, á comer y, para conseguir resultados eficaces, recurre hasta á los castigos, tales como patadas, bofetadas y aun ligeras dentelladas. De acuerdo con la naturaleza mental de los animales, manifestada en la falta del verdadero lenguaje (el lenguaje de proposición), esa educación es puramente concreta y práctica (1).

Preténdese que, en algunas razas humanas inferiores (polinesios, bosquimanos, naturales de la Tierra del Fuego), todos los cuidados de la madre por la prole se limitan á la protección hasta que los hijos se mueven libremente, y á la lactancia, muchas veces prolongada durante años; el niño, en esos grupos humanos, alcanzaría el bajo nivel moral é intelectual de sus padres por pura imitación, esto es, sin ninguna disciplina y enseñanza intencionales de parte de éstos. Pero en los autores que se ocupan del asunto no hay concordancia: lo que, por ejemplo, Ploss (2) dice de los polinesios (de las islas de Tonga, Samoa, Nukahiva, etcétera), los cuales dejan á sus hijos confiados á sí mismos y á la naturaleza, diverge de lo que Letourneau coligió sobre la educación entre esas mismas gentes. Sabese qué graves dificultades encuentra la etnología en las aseveraciones de los viajeros, que no se basan muchas veces en una observación bastante atenta. De la lengua de los bosquimanos, por ejemplo, poco se sabe (3); pero

(1) Sobre la educación de los animales, vid. *Cn. Letourneau, L'évolution dans l'éducation*, cap. 1, obra interesante, pero superficial, y escrita desde un punto de vista general que considero falso.

(2) *H. Ploss, Das Kind*, II, 336.

(3) *Friedrich Müller, Grunriss des Sprachwissenschaft*, I, II, (Wienn, 1870), pag. 25-29, presenta únicamente unas cortas listas de palabras y un muy escaso número de hechos gramaticales de la lengua de los bosquimanos, en la cual, dice, la expresión de los números va solamente hasta dos; la expresión para «tres», añade, significa propiamente «mucho», y emplease en ligación con el lenguaje de los dedos, para significar los números hasta 10; pero en los apéndices á la obra monumental citada, cuyo autor fué arrebatado por la muerte ha cerca de un año á las ciencias, que tanto le debían [vol. IV, I, (Wienn, 1888), pag. 1-18], encuéntrase ya un interesante esbozo gramatical de una lengua de aquella gente, el cual, sin embargo, representa el habla de un solo individuo, siendo, aun

sus producciones gráficas hacen creer que su inteligencia no es tan ruda como se ha dicho. La verdad es que, hasta en las razas menos desenvueltas, aparecen ya ciertos medios de educación moral, estética y técnica, aunque no sean, ó sean raramente empleados de propósito para ese fin. Tales son: el lenguaje, sólo por sí de gran importancia educativa, como en otro capítulo se pondrá de relieve; los proverbios, los gérmenes de religión, las industrias rudimentarias, y aun, en la mayor parte de los pueblos, los juegos, los cantos, los cuentos. Así, entre los hotentotes, vecinos y parientes próximos de los bosquimanos, considerados, en realidad, como hallándose en estado de desenvolvimiento superior al de éstos, se han recogido cuentos de animales muy interesantes, análogos, por la materia, á los que circulan entre otros muchos pueblos, incluyendo los de Europa (1).

En los pueblos en condiciones rudimentarias de desenvolvimiento, el niño vence fácilmente la distancia del punto en que se encuentra, entregado á su espontaneidad y el medio social existente; de ahí resulta la homogeneidad de los grupos atrasados, en que llega á no haber ninguna infracción de los hábitos morales creados y los hombres tienen un saber igual. En lo limitado de la técnica, reside también la explicación del modo perfecto por que es adquirida: por ejemplo, la fabricación de instrumentos de piedra y

así, muy insuficiente; en él da Müller numerales hasta 3, y uno que se emplea para cualquier número superior á 3, distinto del que expresa este número, é indica expresiones compuestas para 4 y 5; tal vez ulteriores investigaciones descubran alguna cosa más en este sentido. Los textos reunidos al esbozo gramatical refiérense á cosas muy concretas, sobre todo á la caza. Faltan proverbios: ¿no los tendrán los bosquimanos? Nótese, sin embargo, la siguiente especie de dictado: «La mujer del bosquimano no ama á otro hombre. La mujer del bosquimano ama sólo á su hombre.» ¡Qué lejos está de la soñada promiscuidad primitiva! *Wilhelm Schneider, Die Religion der afrikanischen Naturvölker* (Münster, 1891), pag. 48 y siguientes, nota que ha habido exageraciones en la pintura, hecha por etnógrafos, de los bosquimanos, como seres ínfimos, muy próximos á los simios, y da algunas indicaciones acerca de los conceptos religiosos de esa gente, las cuales necesitan, sin embargo, de confirmación al abrigo de toda duda.

(1) Vid. *W. H. F. Bleek, Reineke Fuchs in Afrika*. (Weimar, 1870).

de las finas esteras de los negros, el empleo del arco y flecha por varios incultos, el acto de tirar el *bumerang* de los australianos.

Al paso que la cultura se torna más compleja, el trabajo de adaptación que es preciso ejercer sobre las nuevas generaciones va haciéndose más considerable necesariamente, y sus diferentes aspectos se distinguen y separan de modo más ó menos preciso, y las funciones de ese trabajo, que primero incumbían exclusiva ó casi exclusivamente á los padres, y en su mayor parte á la madre, distribúyense entre otros individuos; la acción educativa social, agrandados los grupos étnicos, tórñase más intensa y extensa y viene á preponderar sobre la de la familia (1).

El ama aparece al lado de la madre, recibiendo de su seno el niño, á quien amamanta (contra la opinión de médicos y filósofos, desde la antigüedad); el pedagogo, el ayo, cuida de la educación moral; el maestro ó maestros, de la enseñanza literaria, científica, filosófica, gimnástica, técnica, del nuevo ser; aún se les une el sacerdote, que le adoctrina en los preceptos y conceptos religiosos; los espectáculos, los actos solemnes del culto, de la vida política, los monumentos, las bibliotecas, los museos y mil otros objetos, convergen al fin educativo. Y mientras, en las fases primitivas ó atrasadas de los grupos humanos, todo el trabajo de adaptación de las nuevas generaciones, ya puramente espontáneo, ya determinado más ó menos intencionalmente por los padres, ó ya también por otros individuos, tiene por mira exclu-

siva llevar los niños hasta el nivel de desenvolvimiento alcanzado por el conjunto de los adultos, en las sociedades cultas, más ó menos adelantadas, ese trabajo puede ser hecho con el fin de mera adaptación á lo existente (educación conservadora); mirando al pasado, llevando los nuevos á creencias anticuadas y al respeto de formas sociales anteriores al momento histórico presente (educación reaccionaria), ó con aspiración á un futuro mejor (educación progresiva), y no como teniendo por fin la adaptación más ó menos pasiva del educando, sino el desenvolvimiento autónomico de su actividad espiritual.

El sentimiento de la necesidad de la educación, tan débil por la presión de las circunstancias en los grupos humanos rudimentarios, se hace sentir con intensidad proporcional al progreso de la cultura; pero tiene ante sí, como todos los sentimientos, un camino de desarrollo sano y otro de degeneraciones.

II

La complicación de las relaciones entre padres é hijos y entre éstos y el grupo social asimilador, desde el simple acto fisiológico reproductor de la especie hasta la actividad educativa en el sentido más extenso, refléjase, naturalmente, en el lenguaje, en el desenvolvimiento semántico de ciertos términos, que vienen á comprender en sus diversos significados los aspectos principales del proceso de la regeneración de la sociedad.

En griego, *παῖς*, gen. *παιδός*, significa «niño, niña». Las antiguas formas *ποις*, *παῖς*, permiten ver como tipo fundamental **pavi* [a] s, que, como el latín *puer* por **pover*, viene de la raíz indogermánica *pau*, «engendrar» (compárese en latín *pubes*, etc.) (1). Aquella palabra griega significa, pues, propiamente el «engendrado» (2); *creança* (*criatura*, niño), traduce, en realidad, la misma idea, co-

(1) Los modernos estudios sociológicos vienen á demostrar que la sociedad propiamente dicha no es pura y simplemente una prolongación de la familia; que ésta no es, como aún pretende mucha gente, la base directa de aquella; que entre familia y sociedad hay muchas veces hasta desacuerdo. Véanse, por ejemplo, *J. L. de Lanessan, La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte* (Biblioteca biol. intern.) (París, 1882), especialmente páginas 22-26, 46-54, 70-80; *Gaston Richard, La sociología comparada y el problema de la integración social* (trad.), en BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, tomos XIX y XX (Madrid, 1895-96); *Th. Ribot, Psychologie des sentiments* (París, 1896), páginas 278-279, 280-284. Este último autor concluye: «El grupo familiar y el grupo social salió cada uno de tendencias diferenciadas, de necesidades distintas; cada uno tiene su origen psicológico especial é independiente, y no hay derivación posible de uno en otro.»

(1) *W. Corsen, Kristische Beiträge zur lateinischen Formenlehre* (Leipzig, 1863), pág. 248; *G. Curtius, Grundzüge des griechischen Etymologie*, núm. 387.

(2) En portugués.—*N. de la R.*

mo se verá mejor más adelante. En la misma lengua γεννάω y τίκτω, «engendrar» y «dar á luz (parir)», no se desarrollaron semánticamente de modo que viniesen á significar el trabajo que la prole exige después del nacimiento; sino que, del derivado de la raíz *pau*, formóse el verbo παιδεύειν, que parece debería significar «dar á luz (parir)», como en francés *enfanter*, de *enfant*; pero que, en realidad, quiere decir «educar y enseñar», esto es, sigue el sentido más espiritual del proceso. El sustantivo, derivado también de παιδός, παιδεία, tradúcese, generalmente, por «educación» en sentido lato, por «educación y enseñanza» y aun solamente por «enseñanza».

El término παιδεία vino á tener un sentido muy determinado, que los filósofos nos definen. Según Platón, la *pedia* comprende dos partes: la que respecta al cuerpo, gimnástica, y la que respecta al espíritu, música. Sabemos en qué consistía la gimnástica de los griegos, mientras que la música comprende para aquel filósofo más de lo que entendemos generalmente por esta palabra: pues él explica luego, en el pasaje á que me refiero, que en la música entran los «discursos» ó letras (1). Mas, para Platón mismo, la τροφή, alimentación, lígase á la *pedia*, que puede decirse comprendía lo que hoy llaman algunos la educación física, moral é intelectual; porque en las letras y en la música no se buscaba sólo un instrumento de educación intelectual (y estética), sino, además, un medio de educación moral, para la cual también contribuía la gimnástica. El elemento moral es, en una palabra, el predominante en el concepto pedagógico del citado filósofo.

En el diálogo platónico, de autor incierto, *Theages*, las partes de la *pedia* son: las letras, la ejecución en la cítara (música), la lucha y los otros juegos (gimnástica) (2).

Aristóteles emplea también la palabra παιδεία en sentido que los traductores latinos expresan por *educatio*, y παιδεύειν en sentido que traducen por «educare, instituere».

(1) *Platonis Republica*, lib. II (*Opera*, ed. Didot, II, 35).

(2) *Theages* (*Ibid.*, I, 95).

Este filósofo enuncia ya la cuestión de si la *pedia* debe dirigirse á la inteligencia ó á las costumbres del alma, esto es, si debe ser predominantemente intelectual ó moral, y distingue en los medios que se emplean para educar (παιδεύειν), cuatro, á saber: las letras, la gimnástica, la música y el dibujo (γραφική), que algunos unían á los tres precedentes (1).

Nótase que παιδεία tomó un sentido aún más general, de modo que, por ejemplo, Teofrasto la emplea para significar la cultura de las plantas.

De otra parte, ciertas fórmulas usadas por los escritores griegos indican la tendencia á distinguir por términos especiales los aspectos diversos de la actividad educativa, la formación del espíritu en el sentido moral y aun intelectual (y estético), el desenvolvimiento del cuerpo bajo el dominio del espíritu, la comunicación de los conocimientos del saber, lo que llamamos instrucción; así decían ασχεῖν και διδασχεῖν «formar, ejercitar y enseñar, instruir»; παιδεύειν και ασχεῖν, «enseñar y formar, ejercitar»; también ἄγειν και παιδεύειν «conducir (agere, ducere) é instruir»; τροφή και παιδεία, (2) «educatio et disciplina»; en los traductores latinos, παιδεύματα και μαθήσεις (3) institutiones et disciplinas»; παιδείαις ελευθερίοις ἄγειν τε και νέφειν «con disciplinas liberales conducir (educere) y nutrir», dice Luciano (4).

Pedagogía (παιδαγωγία) es propiamente la acción de conducir los niños, primero, en el sentido material de los cuidados corporales, y luego, en el espiritual de la educación, en el conjunto de los elementos que forman el hombre interior y el exterior bajo la dependencia del interior.

La relación entre «dar á luz, traer á luz» y «hacer producir el espíritu la verdad», fué, en una hermosa metáfora establecida por Sócrates. La μαιευτική τέλη, propiamente «arte de la partera», era para el filósofo el

(1) *Aristotelis Politica*, VIII, 1 (*Opera*, ed. Didot, I, 624-625).

(2) *Platonis Alcibiades*, I, c. 17 (*Opera*, ed. Didot, I, 480), *Leges*.

(3) *Aristotelis Politica*, VIII, 2, (*Opera*, ed. Didot, I, 620) (*Ibid.*, II, 374).

(4) *Luciani Anacharsis*, cap. XX.

método que consistía, no en presentar los principios como dogmas hechos á los discípulos, sino en hacerlos salir de lo íntimo de ellos por interrogaciones. Ese parto de los espíritus era el complemento verdadero del parto del cuerpo.

La serie de actividades que tienen por centro el niño, á partir del nacimiento, fué expresada por Varron en las palabras: «Educit obstetrix, educat nutrix, instituit paedagogus, docet magister» (1). Pero los términos latinos *educere* y *educare* tienen un sentido más complejo que el dado en aquel pasaje del polígrafo romano.

Ducere (raíz indoeuropea *duk*) quiere decir «llevar, conducir, guiar»; *educere* (llevar de), sacar, hacer salir, traer á luz», y designa así la función de la partera y también el acto de la madre en el nacimiento, «parir»; después, expresa «suministrar la alimentación al recién nacido, amamantar» (que también se decía *lactare*, etc.), prestar también otros cuidados de orden físico; en estos últimos sentidos decíase también *educare* (educat nutrix); pero *educere* tuvo además, el sentido que damos á «educar», como muestra el hecho de que se empleaba también con referencia al padre. Un personaje masculino, Mición, dice en Terencio, hablando de un sobrino:

Eduxi a parvulo: habui, amari pro meo (2).

Fronton usa *eductor* en el sentido de preceptor, al lado de *magister* (3).

Educare significa nutrir, amamantar, criar; y dicese en estas acepciones, tanto del hombre como de los animales inferiores; después, expresa la idea de «formar (moral é intelectualmente), instruir». El francés *élever* lo traduce en la mayor parte de las acepciones.

El verbo *instruere*, de *in* y *struere* (juntar partes para formar un todo), significa: primero, lo mismo que «edificar, construir»; después, «proveer»; el sentido de enseñar»

viene, tal vez, del de «proveer», y no del de «construir», que sería, además, una hermosa traslación; nótese, por ejemplo, la frase «instruere juvenem praeceptis». *Instituere* expresa fundamentalmente una idea análoga á la de *instruere*.

Dejaré de lado otras palabras latinas, que, por lo demás, también interesan al asunto, como *docere, edocere, doctrina; discere, disciplina; praecipere, praeceptum; alumnus* (de *alere*, alimentar), y pasaré á las lenguas romances de allende el Pirineo, limitándome á la francesa y á la italiana.

En la primera, hallamos siete términos principales referentes á la materia que nos ocupa: *élever, dresser, former, éduquer* (*éducation*), *enseigner* (*enseignement*), *instruire* (*instruction*), *apprendre*.

El verbo *élever* (del lat. *e* y *levare*) significa propiamente «levantar á la cima de, levantar más alto»; abstrayendo otras acepciones que no vienen al caso, hallamos después en él la de «amamantar, criar (en el sentido fisiológico) un niño», y lo vemos empleado también, relativamente, á los animales y á las plantas: «tratar de animales, criarlos», «cultivar plantas»; en fin, toma el sentido moral é intelectual de «educar, instruir».

Dresser (de un lat. hipotético * *directiare*—portugués, *dereçar*, en *endereçar*, etc., del lat. *directus*) quiere decir, propiamente, «poner derecho; poner, conservar á plomo, levantado»; después, «establecer, disponer, preparar»; de donde se pasa al sentido de «instruir, adiestrar», y se dice del hombre y de los animales inferiores: ex. *dresser la jeunese au métier des armes; dresser un chien à la chasse*. El *dressage* diverge, pues, mucho de la verdadera «educación», aunque muchas veces se tome por educación lo que no pasa de *dressage*.

Former tiene, ora un sentido mucho más general, ora mucho más especial, que «educar». En el empleo que nos interesa lo define Littré (1): «faire contracter, par une certaine éducation, de l'habileté, des habitudes, des manières, des mœurs.» En este sentido, puede decirse: «l'éducation a pour but de former des hommes»; esto es, desenvolver en el niño

(1) *Varronis Catus de liberis educandis*, fragm. em *Nonii Marcelli Compendiosa doctrina*.

(2) *Terentii Adelphi*, I, 1, v. 23. Cf. *Cicero, De Oratore*, II, 28, 124. Craso á Antonio: Naque emin est boni neque liberalis parentis, quan procrearis et eduxeri eum non et vestue et mare, etc.

(3) *Frontoni, Epistolae ad amicos*, I, 15.

(1) *Dictionnaire de la langue française*.

todos los gérmenes de las cualidades que caracterizan al verdadero hombre social; pero, en esa acepción, no se emplea ni *former*, ni *formation* de modo absoluto, al contrario de lo que sucede en «educar» y «educación» (*éducation*).

El verbo *éduquer* es poco usado, y no tiene la aprobación de los puristas: se le prefiere *élever*; pero el derivado *éducation* tiene derecho de ciudadanía, aunque sólo haya sido introducido en el siglo xvii, sustituyendo á *nourriture*, que Voltaire todavía recomendaba, y que quedó con su sentido original de «alimento, amamantación», mientras *éducation* perdió esas significaciones; pero se dice también de los procedimientos para producir en animales y plantas ciertas cualidades; su empleo más usual es, sin embargo, el de nuestra palabra (*educação*) *educación*.

Instruire, que se encuentra, por lo menos, ya en el siglo xii, perdió el sentido material de «construir», para significar sólo «la acción de transmitir conocimientos, desenvolver aptitudes».

Enseigner, usado ya en el siglo xi, pero que remonta sin duda al latín popular, refléjase en las otras lenguas romances y proviene de un latín hipotético * *insignare*, de *signum*, signo, señal; á la letra, «señalar, indicar»; de ahí, «hacer saber, conocer, ejercitar, tornar hábil (en un arte, en una industria)». El derivado *enseignement* existía ya, por lo menos, en el siglo xiii.

Apprendre (del lat. *apprehendere*), también usado ya en el siglo xi, dicese primero de la actividad del que recibe ó adquiere conocimientos, y después, de la actividad del que los trasmite.

Veamos qué diferencias establecen los lexicólogos entre los últimos términos franceses referidos.

Instruire, dice Littré, es «dar instrucción, hacer instruído» (mala definición, en verdad). *Enseigner* es dar lecciones de un objeto determinado: se enseña latín, matemáticas, á un niño. *Apprendre* tiene el mismo uso que *enseigner*, pero de modo más vago y sin referirse tan exactamente á la lección que se da. «On instruit quelqu'un de son devoir, en le lui exposant. On lui enseigne un devoir, en lui faisant la leçon, On lui ap-

prend son devoir, en le lui faisant connaître d'une façon quelconque» (1). «Hay en *enseigner* algo que respecta menos al resultado y más á los medios; al contrario que en *instruire*. Desde otro punto de vista, *instruire* dicese más exclusivamente de la enseñanza intelectual, y *enseigner* de la enseñanza moral: «allez et enseignez toutes les nations»; pero se dirá á un profesor: «instruisez mon fils». En muchos casos, estas dos palabras tienen sentido análogo y se confunden» (2). Guizot escribió que *enseigner* es únicamente dar lecciones con provecho (para quien las oye); *instruire* es enterar de las cosas por memorias detalladas (en casos especiales, sin duda); *enseigner* y *apprendre* tienen más relación con todo lo que es propio para cultivar el espíritu, para formar una hermosa educación; *instruire* tiene más relación con lo que es útil á la dirección de la vida y al éxito de los negocios. «Le professeur *enseigne*, dans les écoles publiques, ceux qui viennent entendre ses leçons. L'historien *apprend* à la posterité les événements de son siècle. Le prince *instruit* ses ambassadeurs de ce qu'ils ont à négocier: le père *instruit* aussi ses enfants de la manière dont ils doivent vivre dans le monde» (3). Sin duda, estas observaciones no agotan ni explican tal vez muy netamente la distinción entre los términos referidos; pero atestiguan cómo las lenguas tienden á diferenciaciones, muchas veces sutiles, en el empleo de palabras, cuya noción fundamental es, por otra parte, la misma.

El italiano nos ofrece los términos *allevare* (latín, *ad-levare*; compárese francés *élever*), *educare*, *insegnare*, *instruire*, *ammaestrare*. Aunque Thomaseo, siguiendo á Gatti, diga que *educare* comprende «e lo allevamento e l'istruzione e l'ammaestramento» (4), la verdad es que *allevare*, ora se refiere exclusivamente á los actos que tienen por fin el simple crecimiento fisiológico de un ser vivo, ora se confunde con el sentido de *educare*;

(1) Littré, *Dictionnaire de la langue française: Apprendre*.

(2) *Idem, ibidem. Enseigner*.

(3) Guizot, *Dict. universel des synonymes de la langue française* (ed. 1864), pág. 283.

(4) Nicolo Thomaseo, *Nuovo Dizionario dei sinonimi della lingua italiana* (Milano, 1858, I, 829.)

de ahí, *allievo*, en el sentido del fr. *élève*, alumno, discípulo.

En la misma lengua, *creare* tiene sólo el sentido fundamental del latín *creare* y otros, derivados inmediatamente de éste, faltándole, sin embargo, el de «dar á luz (parir)»; pero desenvolvió los de «nutrire (los niños y los animales) é *instruire, ammaestrare*». Estas últimas significaciones son desconocidas en el francés *créer*; pero la hallamos en el español *criar*, como en el portugués *crear*.

En el germánico, la raíz indoeuropea *duk* (de que salió lat. *ducere*, compuesto *educere*) tomó la forma *duh*; en gótico, hay el verbo *tiuhan*, en antiguo alemán *ziohan*, alemán moderno *ziehen* (participio *gezogen*), con las mismas significaciones de «tirar, sacar, cuidar de los niños, del ganado, etc., durante su desenvolvimiento, criar»; de ahí el compuesto *erziehen*, «educar», con su derivado «*Erziehung*», que corresponde, pues, bastante exactamente, por los elementos y el sentido, á *educación*, y aun, si bien no tan de cerca, al francés *élever*, italiano *alleare*, cuya raíz es diferente.

Otro brote de esta misma raíz germánica *duh* es el medio alemán *ziugan*, alemán moderno *zeugen*, procrear, engendrar. Aquí encontramos de nuevo la idea de educación estrechamente ligada á la de generación (1).

Lo que expresamos por enseñar, instruir, dicen los alemanes *unterrichten*, de la preposición *unter*, bajo, y *richten*, «poner derecho (*recht*, recto, derecho), disponer, dirigir» (compárese el francés *dresser*, en que hay el mismo tema participial de la raíz *reg*).

En inglés, la misma idea de «enseñar, instruir», tradúcese por «to teach», del anglosajón *taecan*, de la raíz indoeuropea *dik* «indicar», que tenía al lado una forma *dig* (compárese el latín *dicere*, *indicare*, *dignum*, *pro-digium*); así, por la significación fundamental, *to teach* aproxímase á *enseñar* (mostrar, indicar). Otro derivado de la misma raíz *dik* es el alemán *Zeichen*, «señal» (antiguo alto alemán, *zelhhan*), de que proviene el verbo *zeichnen*, «dibujar» (2). Nuestra palabra *dibujar* (*diseñar*), francés *dessiner*, viene

análogamente del latín *designare*, de *signum* «señal». Así se establece una muy íntima correlación de sentidos entre *to teach*, *zeichnen* y *enseñar*, *diseñar*, á pesar de la diferencia de raíces.

En alemán, *Zucht* (antiguo *zuht*) se liga á *ziehen* (véase antes) y significa «crianza (fr. *élevage*) de niños, ganado, el cultivo de los árboles, educación, disciplina».

En la misma lengua, *lehren* traduce nuestro *enseñar*; proviene del *lêren*, en el anglosajón, *laeran*, en gótico, *laisyan*, de una raíz *lis* «ir», de ahí «ser experimentado» (como el que anda por muchas tierras). El sustantivo alemán *Lehre* proviene del antiguo *lêra*, en anglo-sajón, *lár*, de donde el inglés *lore*, con que se forma el compuesto *Folk-lore* (saber popular). El alemán *lernen* «aprender» proviene de un derivado participial, que en gótico sería **lisnan* ó *liznan* (1).

Aun cuando en los términos *Zucht* de un lado, *Erziehung*, de otro, se comprendan á veces los conceptos de las diversas actividades educativas, preséntanos el alemán también, como el griego, etc., fórmulas en que se separan en grupos secundarios, como *Zucht und Unterricht*, *Lehre und Leitung*, enseñanza, doctrina y dirección. «La multiplicidad total de las actividades que nos interesan aquí no es susceptible de expresarse en una fórmula secundaria; pero el uso de la lengua permite emplear los conceptos: *Lehre Zucht* para designar las principales categorías, ensanchando su círculo de significación, de modo que ésta comprenda: ejercicio y hábito, disciplina, dirección é instrucción, guía y moralización, etc. Por la enseñanza (*Lehre*), opérase la trasmisión del contenido espiritual, comprendiendo el saber y la capacidad práctica (*Können*) la materia de la creencia y la concepción del universo; y la asimilación mental de la prole se eleva hasta la acción como fin consciente; por la disciplina (*Zucht*), complétase la introducción de la prole en la vida moral y su inserción en los lazos sociales y se determina su círculo de intereses en conformidad con el *ethos* de la comunidad» (2).

(1) *Friedrich Kluge, Etymologische Wörterbuch der deutschen Sprache*, 5 Aufl. (Strassburg, 1894).

(2) *Idem, ibidem*, v. *Zeichen*.

(1) *Idem, ibidem*, v. *lehren* y *lernen*.

(2) *O. Willmann. Didaktik*, I, 13.

Los alemanes poseen todavía el término *bilden*, der. *Bildung*, á que me referí en la *Introducción* y tendré aún lugar de referirme, en su relación con la actividad educativa.

(Concluirá.)

LA PAIDOLOGÍA.—SU HISTORIA Y ESTADO ACTUAL

por el Prof. D. Martín Navarro Flores, C. A.
Secretario del Museo Pedagógico Nacional.

Si atendemos únicamente al significado etimológico de la palabra Paidología, vemos que no quiere decir más que conocimiento respecto del niño: historia de la Paidología, significará, por tanto, el proceso que ha tenido en el tiempo este conocimiento.

Pero, así como otras ciencias han limitado su esfera de investigación, en el total saber de su objeto, significado etimológicamente en su nombre, entre las cuales, por sernos muy familiar, podemos citar la Geografía (que no quiere decir ciertamente todo lo por saber de la tierra, pues conocimiento de nuestro planeta, es la Geología, la Química, y en gran parte la Agricultura), debemos examinar si ha ocurrido otro tanto á la Paidología, antes de admitir esa definición. Esta circunspección es tanto más obligada, cuanto que no están de acuerdo sus investigadores sobre el propio contenido de la ciencia en cuestión. Y así, mientras unos sostienen que comprende ciertas nociones respecto del alma y del cuerpo del niño, é incluyen en su esfera la higiene, los datos antropométricos, las condiciones fisiológicas, algunas de las enfermedades más comunes en esta edad, y, además, su historia, su literatura, etcétera, en cuya dirección se encuentra Chrisman, y tal vez Miss Wilts y Stanley Hall, entre los más importantes, otros muchos psicólogos y paidólogos propiamente dichos, de los cuales mencionaremos á Sigismund, Münsterberg y Tracy, afirman que la Paidología es una mera auxiliar de la Psicología, tomada en sentido amplio, y su contenido, el de uno de sus capítulos.

La cuestión, tal como está planteada, no parece tener una solución intermedia: pues

esta oposición trasciende al método que se ha de emplear en su estudio. Y así, mientras que casi todos los pedagogos (pertenecientes en su mayoría á la última de las dos corrientes indicadas), como también muchos psicólogos, afirman que es imprescindible el conocimiento del alma del adulto para interpretar la del niño, sostenga Chrisman que es absolutamente falsa la teoría de que se puede ser un buen educador, conociendo únicamente la psicología de aquél: no se debe partir del estudio de la psiquis adulta para conocer el alma del niño, sino todo lo contrario; el estudio de ésta, es el que puede aclararnos los fenómenos de aquélla. Lo que es la cúspide para unos, es la base para otros.

No es ocasión la presente, de estudiar con la detención necesaria, ni tampoco de resolver de plano, un problema que tanto y tan seriamente preocupa á los principales investigadores. Me limitaré, por consiguiente, á señalar la divergencia.

Por el contrario, en una cosa parecen estar de acuerdo todos los científicos que conozco, y esto permite señalar cuándo empieza la historia de la Paidología, sin definir primero su contenido, á saber: que la ciencia es una serie de conocimientos conexos y relacionados entre sí; y, aunque con dificultad, podemos historiar esas conexiones y relaciones, que elevan á científico cualquiera clase de conocimientos.

Así, por ejemplo, aunque del saber de la belleza no puede hacerse una historia, porque es tan antiguo como el hombre, todos los historiadores de la Estética comienzan por Baumgarten y sus inmediatos precursores el proceso de sus investigaciones; así como los que quieren hacer la historia de la psico física, empiezan con los trabajos, puede decirse que recientes, de Müller, de Weber y Fechner, por más que fueran innumerables los conocimientos y aún experimentos sobre este mismo asunto, desde la época de Aristóteles, para no remontarnos á fecha más lejana.

No puede, pues, decirse, volviendo á nuestro asunto, el momento en que el hombre empezó á estudiar al niño; pero no se puede sacar de aquí la consecuencia de que es im-

posible saber cuándo empieza la Paidología como ciencia.

No vaya á creerse, sin embargo, que se trata de señalar la fecha de la aparición de esta ciencia, como si su nacimiento fuera análogo al de Minerva. En realidad, no hay ciencia alguna creada *ex toto* por un solo hombre en un determinado momento de la historia. Todas han tenido un proceso de formación, que permite conocer sus antecedentes. La Psicología fisiológica, que tiene á Wundt como su creador; la Sociología que señala á Comte como el hombre que la ha formado, la Estética y Psico-física ya señaladas, son buenos ejemplos para mostrar, que lo que se llama nacimiento de una ciencia, no es más que una organización, y á lo sumo, una aparición análoga, y permítase el símil, á la que tienen las islas de formación animal, al elevarse sobre la superficie de las aguas.

En resumen: la Paidología tiene sus antecedentes; y no sería verdaderamente historia la que de ella hiciéramos, si no los tuviéramos en cuenta en nuestro trabajo.

Dos ciencias habían estudiado fundamentalmente el alma del niño, antes de que llegara á constituir esta investigación una ciencia independiente: la Psicología y la Pedagogía (1); y ciertamente, no podríamos andar un paso, si no examinamos el estado en que se encontraban en esa época, en cuanto que los trabajos de psicólogos y pedagogos son los que han abierto el camino que ha seguido después la Paidología.

Como para nuestra investigación, hemos de tomar un punto de partida, pues no se trata de hacer la historia entera de la Pedagogía y menos de la Psicología, tomaré únicamente, como objeto de atención, la época que puede servir como el inmediato antecedente de la aparición del que se ha llamado propiamente «estudio del niño». Esta época empieza (con la inexactitud propia de estas limitaciones) hacia la mitad del siglo XVIII, con el nombre de Rousseau, al

(1) Prescindimos aquí de la Embriología, de la Fisiología, de la Medicina, etc., tanto por incompetencia para hablar de ese aspecto del estudio del niño, como porque sale de los límites de este trabajo.

cual siguen en el XIX, los de Pestalozzi, Froebel, Rosmini y tal vez Horacio Mann (para citar sólo los más importantes de los pedagogos), y con los de Tetens, Hume, Priestley, los dos Mill, los fundadores de la psicofísica (Müller, Weber, Fechner), Helmholtz y Wundt y Herbart, por su doble carácter de psicólogo y pedagogo puede aparecer entre éstos y entre aquéllos.

Con esta limitación, veamos ahora qué aportan estos estudios á la formación de nuestra ciencia.

Dos cosas se pueden distinguir en la esfera de la Pedagogía, aunque estén en una íntima conexión: su ideal y su procedimiento; ó en otros términos, el fin que se propone y el medio de realizarlo. Ahora bien, todo lo referente al ideal de la Pedagogía, en la época que nos ocupa, queda fuera de nuestra consideración. Si la educación tiene un fin humano, como dice Davidson, por ejemplo, en su «Historia de la educación»; es decir, que aspira á formar hombres que no encierren su espíritu y su corazón dentro de los límites del grupo social de que forman parte; ó si, por el contrario, como también se ha afirmado, se caracteriza por la desaparición del supernaturalismo reintegrando al hombre en el dominio absoluto y libre de sus facultades, y organizando su existencia de modo adecuado para manejar las fuerzas naturales, poniéndolas al servicio de una vida cada vez más perfecta y elevada; ó si todo el ideal de la educación, desde ese período, comprendiendo el ahora vivo y presente, es la aplicación á la vida entera de lo que en la política se llama el *self-government*, ó sea la capacitación de todos los individuos para que realicen en la vida social aquella autonomía que en la moral caracteriza, según Kant, la vida propiamente humana; ó sea, en fin, cualquiera otra, ó todas estas notas juntas, lo que en la historia de la Pedagogía distingue al siglo y medio trascurrido desde el comienzo del movimiento que reseñamos, no hemos de discutirlo en este momento: porque bien poco nos serviría para conocer los antecedentes concretos, los datos, los resultados que aporta la investigación pedagógica á la ciencia de la Paidología.

Pero otra cosa bien diferente ocurre con

lo que pudiéramos llamar la «técnica de la educación», ó sean los medios que se han empleado para realizar el ideal propuesto. Para esto, es necesario conocer el alma del niño, al modo como el artista se ve obligado á estudiar el material sobre que opera, si ha de encarnar en su obra el contenido de la representación que le mueve y dirige.

Veamos lo que nos aporta la Pedagogía, á partir de Rousseau.

Una de las notas más características del «Emilio», y que mayor influjo ha podido ejercer sobre la Paidología, es la de que Rousseau hace en este libro un estudio de la evolución del alma del niño desde su nacimiento. No se trata, pues, de meras generalidades ó de observaciones aisladas de la psiquis infantil. Rousseau estudia á su modo al niño, desde que aparece en el mundo, como veremos que hacen después todos los paidólogos. Es claro que no hemos de encontrar en él aquellos resultados y experimentos que hallaremos después en un Preyer ó en un Tracy; pero la senda estaba abierta, y el «Emilio» es el libro que inicia el procedimiento empleado después sin excepción en la Paidología. Ni Montaigne, ni Fenelon, ni Locke, ni aún el mismo Comenio, que tantos y tantos caminos ha abierto á la moderna Pedagogía, y que tantas verdades ha encontrado en ellos, á fuerza de sagacidad y de genio, pueden, á mi entender discutir á Rousseau la gloria de esa iniciativa. Muchos habían dicho, antes que este pensador, que la educación del niño comienza desde la cuna; pero ninguno había empezado en realidad el estudio de su alma desde este mismo momento.

Y si al servicio que ha prestado Rousseau á la Paidología, iniciando el procedimiento que más la caracteriza, se une el que ha prestado á la Psicología, haciendo notar la importancia trascendental que tiene en la vida psíquica el sentimiento (si acaso no es la base y el fundamento de toda ella, como afirman Horwicz, Spencer y otros), descuidado, si no ignorado, por la Psicología intelectualista dominante, por lo menos desde los tiempos de Descartes, comprenderemos bien por qué se ha tomado á este pensador

como el antecedente inmediato más importante de nuestra ciencia.

El puesto de honor que, según Höffding, debe tener Rousseau en la historia de la Psicología, debemos concedérselo también en la de la Paidología.

No hemos de indicar ahora uno por uno todos los servicios que han prestado los grandes pedagogos á nuestro género de investigación. Todos ellos vienen á ser como grandes culminaciones de la corriente pedagógica moderna; y bastará que señalemos los elementos que en conjunto ha aportado esta gran escuela al conocimiento del alma infantil. Así, á ella le atribuiremos el inmenso servicio que hizo por medio de Pestalozzi, poniendo de relieve el papel insustituible que desempeña en la enseñanza la intuición (1) directa de las cosas, y este otro, que por sí solo hubiera bastado para llevar á cabo en la educación del niño la revolución más gloriosa y más humana de su historia, á saber: el amor del maestro á sus discípulos. Nadie mejor que Pestalozzi probó jamás con su propio ejemplo el influjo decisivo que tiene el amor, no sólo para forjar el alma infantil, sino para descubrir sus más profundos arcanos. La Paidología no ha olvidado, ciertamente, la lección; y Tiedemann, Darwin, Preyer, Tracy y tantos otros, al estudiar el alma del niño en sus propios hijos, han hecho descubrimientos interesantísimos, porque el amor guiaba sus observaciones tanto ó más que la luz de sus inteligencias.

De igual modo, para abreviar, diremos que, con Froebel, la Pedagogía moderna enseña á los paidólogos que los movimientos espontáneos de los niños son los que de manera más clara ponen de manifiesto su alma; y, por consiguiente, no sólo que el

(1) Un libro reciente, que inicia un nuevo camino en la Pedagogía, *New Methods in Education*, de Liberty Tadd, dice que todavía no basta para el conocimiento de las cosas, verlas y tocarlas, pues sólo llegamos á conocer un objeto de un modo adecuado, cuando determina en nosotros un movimiento físico; y de aquí la necesidad imprescindible del dibujo y del modelado en la enseñanza. Pero esto, que pudiera aparecer como un argumento contrario al método intuitivo, no sirve más que para confirmar su utilidad, aunque fuera cierta la insuficiencia que Tadd señala.

juego es un factor insustituible para su educación, que esto importaría únicamente al maestro, sino que es una fuente inapreciable para la interpretación y conocimiento del desarrollo y desenvolvimiento de la Psicología de la infancia.

Y si aparte de estas cuestiones, que son verdaderamente capitales en la moderna Paidología, atendiéramos á las infinitas observaciones, á los múltiples descubrimientos que han hecho en el alma del niño los grandes pedagogos, tales como Horacio Man, Rosmini—sobre todos, Herbart—y otros muchos, nuestro trabajo no tendría fin: tal es el número verdaderamente incomensurable de datos, de afirmaciones, de verdades, en suma, que han aportado al material con que trabaja el paidólogo en el momento presente.

Tanto y tan valioso es el caudal de conocimientos que de la psiquis del niño había atesorado la Pedagogía, antes de la aparición de la Paidología, y al mismo tiempo que ella, que no puedo por menos de señalar aquí la cuestión que surge, respecto á si en vez de ser esta última ciencia un capítulo ampliado de la Psicología del adulto, como hemos visto que afirman Münsterberg, Tracy y otros, fuera más bien un desarrollo del conocimiento que del alma del niño ha de tener un buen pedagogo para cumplir su obra.

Por ahora, me limitaré á decir, puesto que no se trata más que de conocer las relaciones de estas dos ciencias (1), que, á mi juicio, entre muchas de las afirmaciones de ambas, aunque en su apariencia no encontremos diferencia alguna, existe, y grande, en el valor científico que tienen, á consecuencia de los distintos métodos que han empleado en sus investigaciones paidólogos y pedagogos.

En efecto, la Pedagogía había llegado á descubrir muchas leyes de la vida psíquica del niño, pero no había podido comprobarlas, ó mejor, no había demostrado su razón

y fundamento. Al modo como, por ejemplo, en la teoría metafísica de la evolución de Hegel, estaba implícita la teoría evolucionista de la biología moderna de Lamark, de St. Hilaire, del mismo Goethe, y, por no citar más nombres, de Spencer y de Darwin, consistiendo la obra de éstos en documentar la doctrina y en tratar de demostrar con hechos concretos el modo de ser del proceso, el paidólogo actual se esfuerza en entender el desarrollo, harto complicado, que tiene lugar en el alma del niño, antes de aparecer el fenómeno espiritual en su última manifestación, que es lo que había entrevisto ya el pedagogo.

Otro ejemplo puede poner todavía más en claro esta posición. No hay duda que en todo tiempo, y más tal vez que nunca, en los que corren, ha hecho la novela una obra de carácter eminentemente psicológico, y no sólo ha sorprendido fenómenos psíquicos importantes, sino que ha creado personajes tan llenos de vida y de realidad, que sirven como de tipos de conducta; lo cual quiere decir, que ha puesto de manifiesto leyes enteras de la evolución del espíritu humano. Y, sin embargo, pasarán años y tal vez siglos, antes que la Psicología llegue á conocer cómo y por qué se determinan esos fenómenos tan complejos y delicados. La novela y la Pedagogía han hecho en el alma del adulto y del niño descubrimientos, que la Psicología y la Paidología tienen que comprobar y explicar. Novelistas y pedagogos han hecho una labor análoga á la que dice Buckle, en su gran «Historia de la Civilización de Inglaterra», han hecho muchos escoceses en el campo de las ciencias naturales: intuiciones, atisbos, adivinaciones, verdaderos descubrimientos anticipados al saber positivo de su tiempo, que científicos posteriores han llegado á comprobar con pasos lentos y sumamente cortos, pero más seguros, en cambio, que aquéllos, dados á veces en falso, por los genios de grandes síntesis y atrevimientos.

Tiempo es que veamos qué conexión media entre la Psicología propiamente dicha y la ciencia del alma del niño, ó mejor todavía, qué servicios ha prestado la Psicología moderna á ese estudio.

(1) Doy por supuesto en todo el trabajo, que es ciencia la Pedagogía, cosa no admitida por todo el mundo; en comprobación de lo cual, bastará recordar á Dilthey y Wundt.

No es fácil, y mejor diríamos no es posible, trazar un límite fijo entre dos épocas de la historia, como no es posible decir en qué momento empiezan las diversas edades del hombre.

La historia es un todo continuo como la vida del individuo, en la cual no se pueden señalar puntos de división análogos á los que se señalan en el espacio, y pecan siempre de arbitrarias esas divisiones cerradas, que deberían proscribirse en absoluto por su inexactitud, si la limitación no fuera necesaria para el trabajo del espíritu.

Obligados á delimitar, pues no se ha de hacer aquí la historia entera de la Psicología, fuerza es que determinemos, con las reservas dichas, el período que estudiamos.

De toda la Psicología, de todas las corrientes psicológicas que aparecen desde el Renacimiento hasta fines del siglo XVIII, y aun bien entrado el siglo XIX, puede decirse que la inglesa es la que guarda una conexión más íntima con el movimiento capital y característico de la Psicología contemporánea.

Los asociacionistas ingleses, en efecto, con sus antecedentes, Hobbes, Locke y el empírico-idealista Berkeley, que por sí solo forma una corriente, son precursores de tal importancia en el moderno desenvolvimiento, que, sin ellos, no podría hacerse su historia.

Tan cierto es esto, que el mismo nombre de Wolf, que puede decirse es el que más fama alcanzó en el siglo XVIII como psicólogo, ha sido olvidado por los investigadores actuales, principalmente después de la crítica de las facultades del alma, de Herbart, mientras los de Hume y del primer Mill, por ejemplo, se encuentran á cada paso en sus trabajos.

El asociacionismo inglés había tratado de separar la Psicología de toda concepción metafísica, considerándola como una ciencia natural, como ya había intentado hacer Aristóteles en Grecia; y esta misma tendencia es una de las características capitales de la investigación psicológica actual. Esa escuela apartó toda su atención de los problemas trascendentales sobre la existencia y condición esencial del espíritu, que tanto

preocupaban á los psicólogos de otras direcciones, y concentró, por el contrario, todos sus esfuerzos en el estudio empírico y de observación de los fenómenos mentales.

Su deseo permanente y casi exclusivo, de averiguar la génesis de estos fenómenos, no pudo menos de dar la norma, por una parte, á toda la psicología posterior, principalmente á la alemana, y de excitar al pedagogo y no hay que decir al paidólogo, á atender cada vez más, al espíritu del niño, para sorprender la producción y el mecanismo de sus representaciones, emociones, etc.

Los investigadores ingleses, que trataban de averiguar las leyes del funcionamiento del espíritu en el adulto, por medio de la observación y de la introspección, no se cuidaron de comprobar con precisión su resultado con el estudio y la experimentación en el alma del niño. Pero el camino estaba abierto; y cuando los psicólogos advirtieron la dificultad, y á veces la imposibilidad de poner en claro el complejísimo fenómeno psíquico del adulto, se vieron obligados por ley natural de la investigación, á dirigir su atención al alma del niño, que por su misma sencillez facilita ese conocimiento.

He aquí, pues, uno de los antecedentes fundamentales (no el único, pues todo fenómeno social tiene muchas y muy diferentes causas) que ha tenido el gran desenvolvimiento del estudio del alma del niño, hecho por psicólogos y paidólogos de nuestros días.

Y ahora, veamos qué es lo que propiamente ha aportado á la Paidología el movimiento psicológico que, á partir de la escuela asociacionista, se ha manifestado en sus dos divisiones capitales, inglesa y alemana. No se trata de detallar punto por punto los trabajos de Tetens, Fechner, Helmholtz y Wundt en Alemania y de los dos Mill, Bain, Spencer y Galton en Inglaterra, para no citar más que unos cuantos de las más importantes, sino únicamente de señalar la conexión de la Psicología con la Paidología en su totalidad.

Ya hemos visto cómo el asociacionismo inglés había preparado á los psicólogos posteriores el camino de la observación y de la introspección, para sorprender la génesis y

desarrollo del fenómeno psíquico, sin preocupaciones metafísicas. Pues bien, este camino es el que ha llevado á la creación de dos ciencias de carácter puramente empírico (ó al menos este es el que han intentado darle sus grandes investigadores), dentro del siglo XIX: la Psico-física, con Weber y Fechner, y la Psicología fisiológica, con Helmholtz y Wundt, principalmente,

La primera ha tratado de conocer las relaciones que median entre el fenómeno propiamente psíquico y el excitante físico; y la segunda, la conexión entre aquel fenómeno y los de nuestro sistema nervioso.

En una y otra ciencia han surgido doctrinas y teorías completamente diversas, que han oscilado entre el espiritualismo más decidido de un Lotze, al epifenomenismo contemporáneo, en sus diferentes matices. Pero teóricos é investigadores han coincidido en que no bastaban para un cabal conocimiento de los fenómenos psíquicos complejos, la mera introspección, y por consiguiente, que eran necesarias: la experimentación en el adulto, el estudio de los casos patológicos, las anormalidades, en las que aparecen con gran relieve ciertas notas, apenas perceptibles en el espíritu normal, y, lo que más importa para nuestro objeto, el conocimiento del alma infantil.

Y no fué por esto sólo por lo que los psicólogos de la corriente que señalamos, prepararon la investigación de los paidólogos modernos. Sino que al afirmar que, todo acto psíquico tiene su historia, sus antecedentes, y que era preciso remontarse hasta los más lejanos, para llegar á alcanzar una representación completa de su contenido, echaron los cimientos del estudio especial de aquéllos; así como, por el aspecto social que tiene el problema, indicaron la dirección que habían de tomar Lazarus y Steintal, y tantos otros, para formar casi en nuestros días lo que se ha llamado con razón, por los alemanes, Psicología social y de los pueblos: *Völkerpsychologie*.

Por esto vemos que, mientras la psicología no reconoció de un modo terminante la necesidad del estudio del alma infantil, éste no se hizo. El caso de Tiedemann, que parece contradecir esta afirmación, pues

su libro data de fines del siglo XVIII, mientras que el movimiento que señalamos empieza medio siglo después, que es cuando puede decirse que aparece la Paidología con cierto carácter de independencia, viene á comprobar nuestro aserto; porque ese que pudiéramos llamar un servicio genial de Tiedemann anticipándose á su época, no tuvo resonancia en el mundo científico hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, es decir, cuando ya había preparado el terreno la Psicología moderna.

Y no sólo en lo dicho ha influido la Psicología sobre la Paidología, sino que muchos psicólogos han hecho en el alma del niño investigaciones y observaciones importantísimas que han recogido después los paidólogos; y aun han llegado aquéllos á determinar ciertas leyes de su desenvolvimiento, comprobadas después. Por esto, no hay libro de Psicología, desde mediados del pasado siglo, que aspire á satisfacer todas las exigencias de su tiempo, que no dedique una buena parte de su trabajo al estudio de la psiquis infantil.

He aquí la razón, en la cual se fundan muchos psicólogos modernos, citados al principio de este trabajo, al afirmar que la Paidología actual no es más que uno de los capítulos ampliados de la Psicología.

(Concluirá.)

REVISTA DE REVISTAS

ALEMANIA

Zeitschrift für Schulgesundheitspflege

(Revista de higiene escolar.—Hamburgo.)

OCTUBRE

Epidemias de oftalmía en las escuelas, por el Dr. Feilchenfeld.—Censura el cierre precipitado de las clases de un grupo escolar, en Charlottenburgo, sólo por el dictamen del médico ordinario, sin pedirse el de un oculista, y contra la disposición terminante de 20 de Mayo de 1898, que prescribe aquella medida únicamente en las epidemias de blenorrea y difteria de las conjuntivas, en las de catarro folicular y de tracoma (á pe-

sar de que este último rarísima vez aparece con forma contagiosa, al menos en las escuelas). El hecho de haberse reanudado las clases antes de mes y medio—plazo éste exigido por las operaciones de desinfección en 40 locales—sin que al cabo de él quedasen más de cuatro niños en convalecencia, y con un tratamiento muy sencillo, demuestra que no hubo sino una epidemia de conjuntivitis simple, con algún caso de catarro inflamatorio, producido por los vientos fuertes, secos y polvorientos de la estación y agravada por la influenza reinante en aquellas semanas. A su juicio, bastaría en tales casos alejar de la escuela los alumnos enfermos, suspender tal vez algunas de las clases en que éstos fuesen numerosos y desinfectarlas, lavando todos los muebles diariamente con ligeras disoluciones tibias de jabón negro y fenol. Desde luego, el primer paso, en epidemias de esta clase, es el dictamen del oculista, basado en observaciones bacteriológicas.

La Sociedad de vacaciones benéficas, de Hamburgo, por W. Henz.—Describe las circunstancias de esta gran ciudad, con una población muy densa en sus barriadas antiguas, faltas de higiene, con calles y casas estrechas, llenas del ruido y el humo que producen fábricas y barcos, donde la vida intelectual se fatiga pronto; recuerda las horas que pasan encerrados los alumnos de las escuelas primarias, y más todavía los de enseñanza superior, que llevan á sus casas trabajo suplementario, sin que el Estado, por su parte, apenas les ofrezca otra compensación que las vacaciones de verano, que las clases poco acomodadas no pueden aprovechar en el campo, único gran restaurador de la tonicidad perdida. Aquí tiene su puesto la obra filantrópica de sociedades y particulares. Desde luego, ha producido ya las colonias veraniegas de alumnos, que todo el mundo conoce y que en pocas ciudades de Alemania faltan, y los paseos escolares por los alrededores de las grandes poblaciones, provechosos desde el punto de vista del esparcimiento y de la enseñanza de cosas. En ambos respectos, ocupa lugar preferente Hamburgo, que en el año último ha enviado al campo más de 700 colonos, por sólo una cuota individual de 6 marcos, como

auxilio de gastos; y cerca de 5.000 alumnos (en el bienio pasado) á paseos escolares, por el Elba principalmente, para jugar en las campiñas de la otra orilla. Describe el autor con pormenores la vida que se hace en las colonias y su resultado para los alumnos.

Estadística del nerviosismo en los maestros, por el Dr. R. Wichmann (continuación) (1).—De los 305 enfermos, aparecen 66 (el 22 por 100) con antecedentes nerviosos hereditarios; de ellos resultan 45 en que no se ha manifestado tal dolencia hasta la época de los exámenes, y 21 en que sucede lo contrario. Expone las demás circunstancias personales de los maestros de cada uno de estos grupos y las de su enseñanza, y clasifica los síntomas de sus afecciones morbosas, tratando de relacionar el progreso de éstas con el aumento de trabajo en la escuela, ó en ocupaciones particulares de la misma índole. Deja para un artículo final el resumen de todos estos datos y las conclusiones que de ellos se puede inferir racionalmente.

Sociedades y reuniones.—En el VI Congreso alemán de juegos populares (Dresde, 5 á 7 de Julio de 1903), habló el célebre doctor Waldeyer sobre la anatomía de la cavidad del pecho, con relación á los ejercicios corporales y á la higiene. Hizo notar la importancia de habituarse á la respiración artificial. El Dr. Kerschensteiner disertó sobre la parte que á los municipios corresponde en este aspecto de la educación de los jóvenes, en la edad escolar y después de ella, utilizando los sitios de cada localidad á propósito para campos de juego. En relación con este tema, expuso el Dr. Schmidt las condiciones que deben éstos tener, y aludió al grandioso plan del emperador alemán de convertir el «Grunewald», próximo á Berlín, en parque para el pueblo. Alternando con las sesiones, hubo partidas de juegos, giras por las orillas del Elba, y al final un banquete de despedida.

Varietades y noticias.—Insiste el Profesor Strohmeyer sobre el peligro del polvo en las salas de gimnasia. Sólo en último extremo debe prescindirse de hacerla al aire libre y cuidar siempre de que los alumnos se lim-

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

pien bien el barro del calzado antes de entrar en aquéllas.—La ciudad holandesa de Arnheim posee, desde 1901, un sanatorio para asilo de niños deformados, debido á los esfuerzos de la Sociedad de niños enfermos y contrahechos, fundada por la iniciativa del Dr. Reussen, y á los de muchos particulares. El coste del edificio fué de unos 56 500 marcos.—En Londres más de 600 de estos niños son asistidos en clases especiales que ha establecido la ciudad, separándolas de las clases auxiliares. Cerca de la mitad de ellos padecen de tuberculosis de los huesos; los restantes de parálisis, de raquitismo ó de epilepsia. El máximo de cada clase es 20; de los pocos que sobreviven á su enfermedad, se logra que algunos puedan atender por sí mismos á su subsistencia, sin mendigar.—En el cuestionario distribuido por el Dr. Wichmann, de Harzburgo, para investigar el contingente del nerviosismo entre las maestras, agregó una pregunta relativa al uso de anteojos, para estudiar la relación entre la falta de vista y la debilidad general. Entre las 780 respuestas, de todas partes de Alemania, hubo 328, ó sea el 42 por 100, afirmativas de aquel extremo. De las 240 maestras con buena salud, un 35 por 100 usaba anteojos; de las 540 enfermas, un 45. Resulta, pues, un 10 por 100 en favor de aquéllas.—La Sociedad académica de abstemios, de Noruega, ha distribuido entre los alumnos de segunda enseñanza de Dinamarca una circular con instrucciones para hacer más provechoso el trabajo intelectual. Recomienda un sueño de 8 horas, al menos; que el estudio se interrumpa á menudo con pequeñas pausas; que se haga un ejercicio moderado, de 2 horas, al aire libre; que la alimentación sea suficiente, nutritiva y fácil de digerir, usando moderadamente el té y el café; y, sobre todo, que se deseche la creencia de que las bebidas alcohólicas tienen nada de confortante ni excitante: pues, tanto los dictámenes médicos como el resultado de numerosas experiencias, demuestran que dicho efecto es ilusorio y pasajero.—También el Gobierno de Arnsberg (Alemania), insistiendo en anteriores disposiciones ministeriales, encarece á las autoridades escolares

la necesidad de incluir la enseñanza contra el alcoholismo en todas las materias oportunas del programa primario.—Una Asamblea de médicos-dentistas ingleses, acordó reclamar del Gobierno medidas contra la indolencia de las autoridades escolares para poner remedio al mal estado de boca, general en los alumnos primarios del reino.—En Markirch (Alemania), se pagan 1.800 marcos á dos dentistas por reconocer la boca, dos veces al año, á los alumnos primarios, y por la asistencia necesaria.—La Sociedad de maestros de Baviera solicita que toda sección de las escuelas primarias tenga derecho, por lo menos una vez al año, á un viaje gratuito por los ferrocarriles del Estado y municipales.—En Abril de 1904, se inaugurará en Atenas el primer Congreso griego de educación, al cual se agregará una exposición escolar, que comprenda objetos de todos los países de lengua griega.—Otra Exposición se anuncia en San Petersburgo, durante el próximo invierno, dedicada á la higiene del niño (principalmente del vestido) y de la enseñanza en general.—Una Sociedad de Danzig trabaja por extender los beneficios de las colonias á los niños débiles, no enfermos, que han dejado ya la escuela; uno de los medios que emplea es buscar, entre familias que vivan en el campo y los pequeños pueblos, alojamiento, por cortas temporadas, para algunos de dichos niños.—Otras dos ciudades de Holanda, La Haya y Scheveningen, sostienen clases auxiliares para niños retrasados. Esta última paga 200 florines á los respectivos maestros; y si cada año se abre una nueva clase, al cabo de 7 tendrán una escuela completa de esta índole.—El cantón de Schaffhausen ha otorgado 20.000 francos para un edificio escolar, de coste de 60.000, á condición de que se establezca el baño para los alumnos.—Igualmente se acordó en Liegnitz, visto el buen resultado de las duchas escolares, instalarlas en la escuela práctica de la Normal.—Según la «Medical News», las escuelas de Allegheny han recibido de Mr. H. Philipps un donativo de 7.000 marcos para costear el reconocimiento de la vista en los alumnos, más la oferta de cubrir los gastos de lentes y tratamiento

que sean precisos.—Un periódico de Hamburgo dice que al curso gratuito para tartamudos establecido en las escuelas de Wandsbekrer (16 Abril á 29 Agosto), han asistido 28 niños, de los que han curado 16, más 6 del curso anterior: 4, casi completamente, y 2, mejorados.—El Mnistro de Instrucción pública de Prusia ha mandado abrir una información para averiguar cuántos grupos escolares existen de menos de 25 maestros, de qué fecha y estilo son los edificios respectivos, con el número de clases y habitaciones de maestros que tienen.

Disposiciones oficiales.—Por el Ministerio prusiano de Industria y Comercio se ha ordenado introducir en las tarifas de ferrocarriles una reducción á mitad de precio para las excursiones de alumnos de las escuelas oficiales y privadas (inspeccionadas), que viajen por grupos de 10, incluyendo los profesores. Igual rebaja se otorgará á los colonos enviados por autoridades y Sociedades, cualquiera que sea su número, no sólo para el viaje de ida y vuelta, sino para las excursiones durante la temporada (28 Mayo 1902).

Libros nuevos.—*La neurastenia: su naturaleza, curación y modo de precaverla*, por el Dr. A. Baumgarten. Wörisohfen, 1903 (En alemán).—Al lado de algunos consejos útiles, contiene otros de dudosa eficacia. Ensalza las lecciones de que fué apóstol su antecesor, el abate Kneipp, proscribire las duchas y es muy partidario de la bicicleta para los neurasténicos, olvidando que el cansancio les es perjudicial. Aparte todo esto, debe aplaudirse su deseo de popularizar el concepto de esta enfermedad corriente y de buscar su remedio.—*El cabello: sus enfermedades y tratamiento; cuidados de que debe ser objeto*, por el Dr. Pohl.—Stuttgart y Leipzig, 1902 (En alemán).—Es un verdadero folleto de medicina popular; contiene una parte anatómica y de fisiología, y otra de higiene, previniendo en ésta contra los específicos, que tanto pululan, con daño para la salud.—*La evolución de los pequeños pabellones escolares*, por W. Sargent.—Chicago, 1903 (En inglés).—Es una de las monografías publicadas por la «School Review», que edita la sección de educación de la Uni-

versidad de Chicago. Enseña, con auxilio de numerosos grabados, toda la serie arquitectónica del edificio escolar en el NE. de los Estados Unidos, desde el modesto y típico pabellón, hasta los edificios más suntuosos.

—
Sumario de «El Médico Escolar», Revista publicada como suplemento de la presente: *Necesidad de establecer médicos escolares en los centros de enseñanza superior*, por el Doctor Samosch (continuación).—*La institución del médico escolar en Alemania*: informe sobre los resultados del cuestionario dirigido á las grandes ciudades del Imperio, por el Dr. Schubert.—*Varietades.*—*Informes oficiales.*—J. ONTAÑÓN.

ENCICLOPEDIA

LOS PUEBLOS DEL ASIA ⁽¹⁾

por el Prof. D. R. Torres Campos,

Secretario de la Real Sociedad Geográfica.

(Conclusión.)

II

- Describió el profesor el Irán como una meseta rodeada de gran barrera montañosa, enorme fortaleza natural que domina la llanura del Indo y las estepas del Turquestán y se enlaza con las mesetas de Asia Central, por el Hindu-Kuch, y con las de Asia Menor, por los macizos de Armenia. En esta fortaleza natural, las gargantas que atraviesan los ríos son como los puertos.

El Karun ó Pasitigris, el Choaspés ó Kerja, son vías antiguas y modernas entre la Caldea y el alto país de Elam ó Susiana y el Luristán. El Dialas es el camino entre Ecbatana y la Mesopotamia, ó entre Teherán y Bagdad. Los valles del Heri-Rud y del Murgab, encerrados entre las montañas del Jorasán y del Afganistán ó Paropamiso, conducen á Herat, cabeza del camino de la India. El río de Kundús ha cavado en las montañas un desfiladero tortuoso y largo, célebre en la historia: el paso de Bamián. Entre el Hindu-Kuch y los montes Suleimán,

(1) Véase el número 356 del BOLETÍN.

queda un largo corredor, que es una de las grandes vías de penetración para la India: el paso de Kaiber, utilizado desde la época de las primitivas invasiones arias hasta nuestros días, en las expediciones de la India al Afganistán. El acceso relativamente fácil desde el valle inferior del Indo, por Ketah y el paso de Bolán á Kandahar, hace de esta ciudad una posición de primer orden, y en relación con Herat y Meru, forma la principal etapa de la ruta entre el Asia central rusa y la India inglesa.

Como Persia es un país esencialmente continental, cerrado al mar por las montañas de cintura, las influencias oceánicas no llegan al interior. Los ríos se pierden, al alejarse de la zona montañosa que los alimenta. En general, faltan el agua y la vegetación en muy vastas extensiones de territorios. El cultivo no comprende más que una quinta parte del país. El resto es el desierto.

Los habitantes de las regiones montuosas tienen fuentes y las utilizan para el riego de las tierras. Siguen el curso del agua, para aprovechar hasta su última gota, y al extender sus campos, empujan hacia el desierto á los nómadas. Estos, privados de aguas y de pastos, acometen á los agricultores, devastan los campos, queman sus poblaciones y sus fortalezas. En el contacto de la región agrícola y la estepa, se da lugar á la lucha entre el agricultor y el nómada, hecho constante en la historia de la Persia antigua y moderna.

Se ha considerado esta lucha como de raza; se la explica como oposición entre el Irán y el Turán, entre arios y turanios. La cuestión no está así bien puesta. El nombre de Irán, en oposición á Turán, debe referirse á todas las poblaciones que, no solamente en la meseta, sino también en la llanura del Oxus, se han fijado al suelo y se entregan á industrias sedentarias, en medio de los nómadas semisalvajes. El nombre de Irán representa las tradiciones del trabajo y de la cultura intelectual; Turán es el de las tribus bárbaras resistidas por aquéllos. La oposición inconciliable explica que la continua lucha sea ley de vida, y, por esto, de religión para los persas. Ella ha contribuído, sin duda, al nacimiento de la doctrina

irania del conflicto entre los dos principios de la religión de Zoroastro.

No son los arios agricultores y civilizados, los turanios pastores, nómadas y bárbaros, por virtualidad étnica. El género de vida y la cultura dependen del medio exclusivamente, aunque otra cosa se pretenda. Arios con lengua bien definida son los kurdos, enemigos hoy de la civilización en Persia y Armenia. En cambio, los éxitos de los medos en la historia hay que atribuirlos á los calumniados turanios.

Los medos, dominados por los escitas, bárbaros de Europa que atravesaron el Cáucaso, se deshicieron al cabo de ellos y destruyeron el imperio asirio, que se repartió entre Cijares y Nabopolasar, rey de Babilonia. Los partidarios de la teoría de las razas ven en esto una manifestación del genio ario: el pueblo privilegiado surge, y los de raza inferior, escitas y asirios, quedan oscurecidos. Supónese que el genio ario precipita en algunas horas la marcha de la historia; pero los trabajos de Oppert han demostrado que los medos no son arios. Había entre ellos una tribu aria (aria-zanta); pero la mayor parte de la nación era turania. Justi señala la participación que en la obra de los medos tuvieron pueblos escitas con idioma análogo al de los fineses del Ural y al turco. Triunfan, pues, los medos por habitar un país propicio.

El atento análisis de la situación y condiciones de la Media y de su capital, Ecbatana, basta para demostrar cómo á la influencia del medio geográfico fué debida la importancia de la misión que realizaron los medos en la historia.

La población del Irán está, sobre todo, alrededor del país, en los valles que proporcionan agua para el cultivo. Lejos de ser una masa compacta, se ofrece en dos columnas convergentes: la una, del Sudeste al Noroeste; la otra, de Este á Oeste.

Á la primera, corresponden las ciudades del largo período en que la vida y el movimiento histórico se desarrollaban al Oeste del Irán, en la Mesopotamia. En la zona montañosa frontera entre las dos regiones, están, además de Ectabana, Pasargada, Persépolis, Susa, Chiraz, Ispahán. En el punto

de unión de las dos zonas de población y de cultivo, Tauris. Á la zona Norte, corresponden Teherán, Mehed, Rech, Herat. Al Este, se encuentran Kabul, Gazni, Kandahar y Kelat.

Persia, con reducido territorio (como tres veces España), cubierta en gran parte por arenas, arcillas duras y capas de sal que limitan mucho el cultivo, difícil también por la escasez de agua, y con escasa población, aun en los días de mayor prosperidad—los centenares de miles de soldados de sus ejércitos los tomaban de los países de alrededor—, ha desempeñado una misión histórica, que no está en relación con la extensión de su territorio, ni con el número de sus habitantes.

Al carácter del suelo y á la posición geográfica de Persia, debe atribuirse su predominio en el Asia occidental, la formación de un imperio que englobaba todos los antiguos de Egipto, Asiria, Caldea y Lidia, la llanura del Punjab, en la India, la Tracia y la Macedonia, en Europa, la mayor unidad que se había conocido, subyugando á todos los demás pueblos, divididos, debilitados y gastados, en virtud de energías y cualidades militares engendradas en los persas por el medio y el género de vida.

Las desigualdades del terreno, las montañas muy rasgadas, los elevados y escuetos macizos separados por hondos barrancos, las comunicaciones establecidas por penosas empinadas sendas, que trepan por los declives y rodean en cornisa los macizos montañosos, asiento de ciudades, hacen la vida allí muy dura. El clima, seco y frío, sirve admirablemente para la conservación de las energías. La raza estaba endurecida por una vida sencilla y activa al aire libre.

La Persia es, además, una fortaleza difícil de escalar para los pueblos de la llanura. En cambio, sus guerreros habitantes, desde las ciudades abrigadas y defendidas por grandes murallas naturales, Ecbatana, Susa, Pasargada, Persepolis, descendían por las brechas á la zona periférica, donde el vigoroso y rudo pueblo de montañeses imponía fácilmente su dominación.

Entre la Bactriana, la Mesopotamia, el Asia Anterior y la India, la Persia es un ver-

dadero paso. El rasgo dominante de la orografía del Irán es un paralelismo de Noroeste á Sudeste y de Oeste á Este. Las cadenas están separadas por largos valles longitudinales, por los cuales las comunicaciones son tan fáciles, como difíciles en el sentido transversal.

Á la salida de los estrechos corredores entre el Elburs y las montañas de Susiana y el Elburs y el mar Caspio, los pueblos emigrantes encontraban el espacio libre. Podían descender el Eufrates, ganar las costas de Siria y penetrar en Egipto por el litoral, seguir los caminos del Asia Menor y Europa por los estrechos y el mar Egeo, ó tomar los de la Transcaucasia, comunicando con las llanuras sármatas por las diversas puertas del Cáucaso.

Al Oeste de Persia, divergen, pues, los caminos; pero hasta dicha salida, la dirección de los movimientos en el sentido de los paralelos es obligada. Por estos lugares de paso, se han precipitado muchos pueblos, con lenguas, religiones y civilizaciones diversas, de razas diferentes: arios y turanios, medos y persas, mogoles y turcos; han chocado unos con otros, y en este perpetuo conflicto, en esta lucha constante, se han mezclado la sangre y el genio de todos. El Irán ha sido un laboratorio, donde los grupos humanos se han cruzado y modificado profundamente.

Para determinar la misión histórica de Persia importa fijarse en las emigraciones de los arios iraníes, la extensión del imperio medo, la conquista persa, que hizo del Irán el centro del más vasto imperio conocido—comprendiendo todo el territorio desde el desierto de Libia y la península de los Balcanes hasta el Indo—, las conquistas de Alejandro hasta la Bactriana, la Sogdiana y la India, y la fundación del imperio gaznevidá que se extendía, en el sentido de los paralelos, del Ganges hasta el mar Caspio.

Persia, en la ruta de las estepas altas de Pamir al Bósforo, fué uno de los dos caminos seguidos por los nómadas asiáticos para establecerse en Europa, en los tiempos modernos, como en los antiguos. Ruta de los turcos, ha ejercido, por sus condiciones geográficas, notable influencia en los destinos

de Europa. En las mesetas de Persia y Asia Menor, donde el cultivo es raro y difícil, los últimos llegados no se han unido al suelo, no se han hecho cultivadores, han conservado sus costumbres y su espíritu militar con la vida nómada, han sido los señores del país, no sus explotadores; han fundado dinastías y han adquirido el hábito de la dominación y del gobierno: merced á lo cual, han podido llegar á Constantinopla, ser un peligro para Europa y establecer un imperio, que aun subsiste, á pesar de estar manchado con la nota de barbarie por los horrores de Armenia, de Bulgaria y los que actualmente (1) se llevan á cabo en Macedonia.

Inexpugnable en otro tiempo la Persia en su fortaleza continental, hoy su situación ha cambiado. El mar Caspio no está rodeado de soledades, sino de colonias y de rutas militares; barcos de líneas regulares lo surcan y ponen en comunicación sus orillas. El Caspio es lago ruso, desde donde se vigila á Persia. Los rusos están en el Cáucaso, han tomado á Persia parte de sus provincias en esta región y han modificado, en su provecho, ó en provecho de sus protegidos, los turcomanos, las fronteras del Turquestán. En el Golfo Pérsico, dominan los ingleses y amenazan los puertos, que fácilmente caerán en sus manos. El Xa ha tenido que renunciar á la conquista de Herat, por presión de Inglaterra. Su situación es por todo extremo precaria, entre los intereses europeos, que se disputan la preponderancia sobre los dominios del *rey de reyes*.

III

La Siria y la Palestina, entre la Mesopotamia y el mar, están constituidas por un doble sistema de montañas paralelas á la costa del Mediterráneo y separadas por una gran depresión, por la cual corren: hacia el Norte, el Orontes, hacia el Sur, el Leontés, que desembocan en el mar, y en la misma dirección que el último, el Jordán, que termina en el mar Muerto. El valle del Orontes y el del Leontés forman la Siria; el litoral de

éstos la Fenicia; el valle del Jordán, con su litoral, donde fué la Filistea, es la Palestina.

La estructura orográfica del país da explicación del nacimiento y misión histórica de Kades, Homs (Emesa), Hama (Hamat), Antioquía, Seleucia y la moderna Alejandreta.

Los pasos ó depresiones y las corrientes de agua que forman oasis, explican asimismo los destinos de Damasco y Haleb (Alepo), así como el avance de la Siria en el desierto, mediante la fertilización artificial de su suelo, reconquistado más tarde por las arenas en ciertos sitios como Tadmor (Palмира), espléndida ciudad monumental de admirables jardines, un día, y hoy soledad tristísima.

Las corrientes de agua de la zona litoral, procedentes de las montañas arboladas, con la posibilidad del riego y de abundante vegetación en ella, el gran número de ensenadas semicirculares con diques naturales, que forman lugares de abrigo para las embarcaciones, y la posición de ciertos puertos enfrente de las brechas de montaña que determinaban caminos naturales para el comercio con las regiones más allá de las montañas, dieron nacimiento é hicieron prósperas y populosas á las ciudades fenicias.

Explican la misión y vicisitudes de Laodicea, Arvad, Trípoli, Biblos, Beirut, Sidón y Sarepta, Tiro, Aka y Jafa, sus circunstancias geográficas, demostrando con nuevos ejemplos la acción decisiva del medio.

La Palestina, viene á constituir á modo de un brazo de la Siria, que se extiende hacia el Egipto, con el cual se comunica por el célebre desfiladero de Meyedo; entre el monte Carmelo y los montes Amorreos, paso de los ejércitos asirios que se dirigían á Egipto y de los ejércitos egipcios que atravesaban por Siria para dirigirse al Eufrates ó al Asia Menor, y, por esto, llave de la dominación del Asia Anterior. Son dignos de especial consideración el curso del Jordán y la cuenca singularísima del mar Muerto, asentada sobre abismos volcánicos y capas de terrenos bituminosos, que dan explicación cumplida de la catástrofe de Sodoma y Gomorra;

(1) Se refiere á 1903.

como en otro sentido las risueñas campiñas de Galilea; la fertilidad de las comarcas llanas, ricas en cereales, frutos, olivos y viñedos; la abundancia de bosques de las pendientes, hasta que se llega á la península del Sinaí, en la frontera del Egipto, ó sea el desierto que atravesó el pueblo de Israel para entrar en Palestina por su frontera Sudeste, alejándose de la ruta ordinaria del Mediterráneo y Gáza, porque estaba jalonada de fortalezas egipcias, y también porque el pueblo hebreo, corrompido y esclavizado, necesitaba fortificarse y elevar su espíritu, y Moisés, con el aislamiento en que tuvo á los israelitas de otros pueblos extraños, mediante la vida dura del desierto, pudo hacer el suyo, fortalecerlo, disciplinarlo, organizarlo, darle leyes y prepararlo para conquistar la tierra prometida y realizar los altos destinos á que estaba llamado.

Son lugares singularmente áridos además del valle del mar Muerto, las riberas marítimas de Palestina, donde, entre las numerosas ruinas de las ciudades filisteas, el comercio mantiene algunos puertos de la Judea y de Jerusalén, que antes de mucho estarán servidos por vías férreas, y los alrededores de Jerusalén.

Notable contraste ofrece la descripción del país fecundo de Canaán, hecha por Moisés, con su estado presente; pero hay que tener en cuenta que Palestina es un país de contrastes, y además, que se ha desecado mucho desde los tiempos bíblicos, por causas naturales de que hablamos al tratar en general del Asia anterior, y ha sido además devastada por la barbarie de sus modernos habitantes.

Las grandes vías del Extremo Oriente, de la China y de la India convergen en la Irania, verdadero camino de las naciones, como hemos visto, y continúan á lo largo del diafragma de montañas del Asia Central, para descender á la Mesopotamia y formar su principal ganglio nervioso en la llanura donde el Tigris y el Eufrates aproximan su curso y juntan sus aguas en las avenidas. Babilonia, ó alguna ciudad vecina, fué el centro de la historia asiática durante millares de años.

Desde aquí, la línea normal de comunica-

ción principal, por la extensión y avance hacia el Norte de los desiertos de Arabia, siendo casi imposible la travesía directa de las arcillas, arenas y lavas que los constituyen, remonta el curso del Eufrates, para llegar al recodo Noroeste, que lo aproxima á la costa hacia Alejandreta; ó bien deja más al Sur la vía fluvial, para rodear el desierto y ganar el litoral por una brecha de montañas, aprovechando como etapas Karkemis, Haleb, Palmira ó Damasco. De todas maneras, la separación de los caminos hacia Asia Menor, Europa y Africa, se encontraba en Siria á la vecindad del Mediterráneo. Este ofrece camino expedito á las empresas de navegación y para la trasmisión de la cultura: el Eufrates, que corta casi en su raíz la península de Anatolia, aproximándose al mar Negro, forma un camino, una línea de vida. El curso del Nilo, camino más frecuentado entonces que las vías marítimas, viene á desembocar hacia Siria. Esta convergencia de caminos produce choques y concentraciones de la actividad humana, que contribuyen al desarrollo de la civilización, cuya marcha determina la disposición geográfica de las vías según hechos naturales.

Las dos grandes vías históricas formadas por el Tigris y el Eufrates, con los afluentes de éste por su orilla derecha, y el Nilo, están enlazadas por dos transversales. La larga faja de terreno de los valles del Orontes, el Leontés y el Jordán, este último en la mitad alta del surco por donde corre—inutilizada la parte baja del mar Muerto al golfo de Akaba, por falta de aguas corrientes,—forma una vía histórica, por donde las emigraciones y las expediciones guerreras entre Asia y los dos continentes de Europa y Africa han tenido lugar; la otra es la constituida por el cordón de ciudades comerciales en el verde litoral que une el Asia Menor á Egipto. La corriente de vida que por éste circulaba ha debido verse fácilmente al Mediterráneo por las privilegiadas escalas fenicias.

Hay comarcas, cuyo destino es ser campos de batalla disputados entre las naciones, Tal es el caso de Siria, Fenicia y Palestina. Encerradas entre el mar y el desierto, ofre-

cen el solo camino de trayecto fácil que lleva los ejércitos de Africa á Asia; y los conquistadores, atraídos por las riquezas de Mesopotamia y de Egipto, han debido atravesarla. Su posición era como una encrucijada, donde la mayor parte de las razas militares del antiguo mundo llegaron y chocaron violentamente. Ha sido una de las regiones entregadas á la dominación del extranjero: Caldea, Egipto, Asiria, Persia, Macedonia y los imperios occidentales han ejercido allí su acción. Su relieve y la disposición de sus accidentes no le han permitido agrupar sus naciones en haz y oponer una masa compacta á la ola de los invasores. Dividida en cuencas aisladas ó valles largos y estrechos, no ha habido comunicación bastante ni cohesión entre las distintas comarcas para constituir unidad poderosa. La suerte del imperio heteo, antes olvidado y objeto predilecto de las investigaciones al presente, lo confirma.

Recuérdese cómo se fundó y extendió este imperio desde el valle del Orontes, que fué su centro, con sus ciudades y principales fortalezas, Karkemis, Kades, Homs, Hámat, Alepo, y cómo, falto de fronteras naturales, abierto al valle del Eufrates, á las llanuras de Capadocia y de Cilicia y al curso del Jordán, si las fuertes razas que lo habitaron pudieron extenderse por todas partes, llegar á Damasco, repartirse por el Asia Menor, llevando allí su arte y su lengua, y hasta invadir el valle del Nilo y fundar una dinastía (hicsos), estaban también muy expuestas al ataque de los enemigos. Debilitado el imperio heteo por las luchas con egipcios y asirios, tuvo breve existencia, pereciendo á manos de Sargón, el monarca asirio.

Su situación entre las dos grandes vías históricas de las emigraciones y de las expediciones de guerra entre el Asia Central y los dos continentes de Europa y Africa, y las condiciones de sus puertos hicieron del cordón de ciudades fenicias un órgano esencialísimo en la vida continental, un eje, una de las principales arterias del comercio y de la civilización.

El segundo período de la historia universal, que sigue al de las grandes civilizaciones fluviales, se abre por Fenicia, teniendo por

teatro las riberas del mar Mediterráneo. Diez siglos antes de la Era cristiana, había en el litoral sirio ciudades fenicias, que colonizan las islas del mar interior y fundan factorías, estableciéndose en las costas de Europa y Africa, en aquellos puntos que podían servir de puertos de refugio, de cambio ó de depósito, ó como lugares estratégicos para la dominación de la costa y vigilancia de los pasos. Por estos establecimientos, la cultura oriental se propagó al Occidente, que permanecía en la barbarie. No olvidemos los principales hechos y el carácter de la obra comercial y colonizadora de los fenicios, y cómo los destinos políticos y la obra incomparable de Fenicia en la civilización estaban determinados por el medio.

El territorio de Fenicia era una faja litoral larga y estrecha, y esta estructura le impidió unirse en organismo compacto y resistente. No tenía fuerza más que para la defensa de sus rocas insulares, como Tiro. Al primer ataque, sus posesiones de la tierra firme estaban perdidas. Las frecuentes acometidas de los poderosos rivales favorecían la emigración de las poblaciones á las colonias. No hubo imperio fenicio, con verdadera cohesión y fuerza como los del continente. El imperio más vasto era exterior y colonial; pero los lazos con las ciudades de fundación fenicia nunca fueron muy estrechos. Tiro y Sidón no tuvieron tropas, y no se propusieron nunca unir las colonias á la madre patria por la fuerza. La unión era más bien un acuerdo y una alianza que sumisión. Los vínculos que unían el mundo fenicio eran el origen, la simpatía, la lengua, la religión y el tráfico; y estos lazos se modificaban ó debilitaban mucho por la influencia de la distancia y de los medios locales. De aquí que los fenicios, inermes, fueran fácilmente dominados por los egipcios, asirios y persas; pero era tan necesaria á todos Fenicia, que en realidad subsiste después de su ruina, y bien como soberana, ya como protegida, continúa, como un órgano esencial para la humanidad, desempeñando su función social y civilizadora.

Los reinados de David y Salomón representan la unidad política de Palestina, éxitos

en el exterior, verdadero poderío, con la constitución de un imperio que se extendió del Eufrates al mar Rojo; pero aquella unidad no se arraigó por falta de cohesión y de comunes aspiraciones. El templo de Jerusalén no llegó á ser el centro verdadero del país; las tribus del Norte, mal avenidas con la supremacía política de Judá, protestaron contra los impuestos destinados á la construcción del templo.

Faltando ó debilitándose, por la idolatría, el lazo religioso, que era el único vínculo, la oposición entre el Norte y el Sur produjo la formación de los dos reinos de Israel, con Samaria, y de Judá, con Jerusalén. Rota la unidad política á la muerte de Salomón, como no había arraigado en las conciencias, no se piensa en la restauración de la época gloriosa de los dos grandes reyes; las partes no tienden á fundirse; y divididas y haciéndose frecuentemente la guerra, les alcanzó el momento de la destrucción y de la ruina: la toma de Samaria por los asirios y la cautividad de Babilonia, que llevó á cabo Nabucodonosor.

El reino de Judá, restaurado después de la liberación de los judíos por Ciro, que siguió á la conquista de Babilonia, tuvo una vida pobre y servil, siendo tributario de los ángeles de Siria, persas, griegos y romanos, y concluyó por virtud de la rebelión contra los últimos, á manos de Tito. De entonces data la dispersión.

La estructura geográfica de Palestina, como estrecha y alargada banda de territorio, con el grupo llamado á establecer la unidad política, situado en un extremo alejado de la mayor parte de los otros, explica los destinos del país.

Hoy el sionismo aspira á reconstituir la patria y la nación destruidas, en la tierra prometida de Palestina. Los ensayos de colonización judía hechos en Jafa y en la República Argentina, han fracasado en sus empeños, porque como los judíos prosperan en virtud del desequilibrio en las facultades para la lucha económica que existe entre ellos y los pueblos donde habitan, necesitan mezclarse con otros elementos, alternar con otras comunidades étnicas y no alcanzarán éxito en un medio homogéneo menos

explotable que el en que hoy se encuentran (1)...

* * *

Considerando que en una clase de estudios superiores no basta la exposición oral del profesor, se requiere un trabajo activo y de colaboración por parte del alumno con independencia de las lecciones, se ha hecho con algunos de éstos (antiguas alumnas de la Escuela Normal) más particularmente interesados en el cultivo científico de la Geografía, el ensayo de una clase de trabajos prácticos para comprobaciones y demostraciones de las observaciones apuntadas en las conferencias, consulta de mapas y diagramas, cambio de observaciones, manejo de fuentes, recolección de datos y noticias bibliográficas y preparación para trabajos personales. Algunos de éstos se han emprendido, iniciándose la formación de un índice de ilustraciones de la geografía de Asia, que puede servir de guía á los profesores para una enseñanza intuitiva y tal vez lleve á la publicación de un álbum geográfico, de un estudio sobre la división de la Tierra en continentes y de otro sobre descubrimiento de Oceanía por los españoles; tema ya tratado por geógrafos de gran competencia, pero acerca del cual cada día se hacen nuevas publicaciones y pueden allegarse interesantes datos.

LA PROPAGACION DEL CRISTIANISMO (2)

(ESTUDIO HISTÓRICO)

por D. Edmundo González-Blanco.

(Conclusión.)

Malos vientos corrieron después para las creencias paganas, con las victorias de Oswi; pero ni cedieron completamente el puesto á los cristianos, ni desaparecieron del pueblo, como nos lo prueban, sin dejar lugar á duda, las vicisitudes de la predicación del célebre monje Cuthberto. De esta predicación hace mérito Beda en su *Vita Cuthberti* y Stevenson en su *Historia eclesiástica*, atri-

(1) Por enfermedad del profesor se suspendió en este punto el curso.

(2) Véase el número anterior del BOLETIN.

buyendo su necesidad al hecho de que los aldeanos nortumbrienses no tenían de cristianos más que el nombre. El Cristianismo era para ellos una exterioridad, tal vez una coacción, con la que se veían obligados á obedecer á los *thegns*, y por la que podían servirse de éstos para obedecer al monarca con religiosidad, pero también con una indiferencia teutónica, que no creía incompatible la nueva fe con las viejas supersticiones. Así es que, en épocas de peste ó carestía, invocaban á sus dioses y recurrían á sus prácticas, y el menor contratiempo que casualmente llegase con un misionero á su hogar, era para ellos una señal de la cólera divina, un castigo del cielo. Ocurrió una vez que las almadías, que se trasportaban á un bosque destinado á la construcción de una abadía próxima á las bocas del Tina, fueron sorprendidas y arrebatadas por el mar, con los monjes que las dirigían. «¡Que nadie ruegue por ellos!—exclamaron entonces los paisanos que se hallaban en la costa.—¡Que nadie tenga piedad de esos hombres que nos han quitado nuestra antigua fe é introducido en nuestras costumbres nuevos usos que no sabemos cómo poner en práctico!»—¿No demuestran semejantes ejemplos que hay límites para los esfuerzos llamados divinos; que hasta las religiones perfectas y las dogmáticas amplias están sujetas á un ciclo de evolución; que los pueblos no fueron arrancados á la gentilidad ni los continentes cristianizados en un solo día? Nadie creo que pueda llamar milagrosas tales propagaciones ni conversiones, ni menos presuma que en su fondo hay algún ideal sobrenatural, causas divinas ó Providencia superior.

Nunca el Cristianismo obtuvo una victoria más brillante sobre el fervor pagano que en su influencia sobre Normandía á principios del siglo IX; y, sin embargo, ni aun entonces la religión de Wodan desapareció sin luchas. En los normandos del Humber inicióse, después del bautizo del rey normando Rolf (acto que fué una imitación de ciertas medidas políticas de Inglaterra), una reacción contra la nueva doctrina. Otro rey normando, Guillermo Espada-Larga, siguió siendo gentil en el fondo de

su alma. Cuando el duque Ricardo tomó las riendas del poder, la mayoría del país volvió al paganismo. Si en el tiempo posterior parece advertirse en la nación normanda más espíritu cristiano que en las otras naciones cristianas, es porque aquella nación se había identificado en lo social con Francia, y porque en este tiempo la raza francesa, á fuerza de hacerse feudal y de verse en contacto con razas dotadas de un notable poder de asimilación, había acabado por influir, á la vez que era influida por el movimiento religioso de los pueblos que absorbía y con los que se mezclaba.

Para que podamos justificar todo lo que precede, debemos emplear, como medio de comprobación, un testimonio de las mismas autoridades cristianas: tal lo encontramos manifiestamente en la carta escrita por el Papa Gregorio el Grande y dirigida á hacer en principio algunas concesiones á la barbarie pagana: «Cuando hayáis llegado cerca de nuestro hermano Agustín, decidle que, después de haber examinado con detención por mí mismo el asunto de los ingleses, he pensado que es menester derribar, no sus templos, sino solamente los ídolos que hay en ellos. Es necesario rociar con agua bendita los altares paganos, erigir altares y colocar en ellos reliquias; porque si esos templos están bien construídos, conviene hacerlos pasar del culto de los demonios al servicio del verdadero Dios, á fin de que esa nación, viendo que se conservan sus lugares consagrados, acuda á ellos de mejor gana. Y porque ellos acostumbran á matar muchos bueyes, sacrificándolos á los demonios, es preciso establecerles solemnidades á propósito de la dedicación de Iglesias ó fiestas de mártires. Que pongan enramadas alrededor de los templos convertidos en iglesias y que se celebre la función con comidas modestas. En lugar de inmolrar animales al demonio, que los maten para comerlos, dando gracias á Dios que los sacia; á fin de que, dejándoles algunas diversiones materiales, se les pueda insinuar más fácilmente en los goces interiores: porque es imposible arrancar á espíritus duros todas sus costumbres de una vez. No se

sube á un sitio elevado, saltando; se llega á él paso á paso.»

Volviendo ahora al problema de la propagación de otras religiones y del Cristianismo, desde el punto de vista histórico comparado, diré que había olvidado agregar que no es solamente el desarrollo de los principios del Cristianismo lo común con otras religiones, sino hasta el modo de explicarlo. «Los doctores musulmanes, dice Renan (1), hacen sobre el establecimiento del islamismo, su difusión como un reguero de pólvora, sus rápidas conquistas y la fuerza que en todas partes le dió un reinado tan absoluto, los mismos razonamientos que los apologistas cristianos acerca del Cristianismo, y con ello pretenden demostrar claramente la mano de Dios. Concedamos, si se quiere, que la fundación del Cristianismo es un hecho único en su género. Otra cosa, absolutamente única en el suyo, es el Helenismo, entendiendo por tal el ideal de perfección que en literatura, en arte y en filosofía realizó Grecia. El arte griego excede á los demás artes tanto como la religión cristiana excede á las demás religiones; y la Acrópolis de Atenas, colección de obras maestras, al lado de las cuales resultan todas las otras torpes ensayos ó imitaciones más ó menos acertadas, es, tal vez, lo que hace más difícil toda comparación. En otros términos, tan prodigioso es el Helenismo en belleza como el Cristianismo en santidad. Y una cosa única no es cosa milagrosa. Dios entra, más ó menos, en todo lo que es bello, bueno y verdadero; pero no entra nunca en una de sus manifestaciones de una manera tan exclusiva que la presencia de su soplo en un movimiento religioso ó filosófico pueda ser considerada como un privilegio ó como una excepción.»

Curioso es que, aun tratándose de hechos manifiestamente violentos, se sirvan los teólogos mahometanos contemporáneos de las mismas argucias y distinciones que los ortodoxos católicos. «El mahometismo, dice Seid Amed Jan Bahador (2), empuñó la espada, no para destruir á todos los in-

fieles y paganos, ni para obligar á los hombres á hacerse musulmes con su punta, sino para proclamar la eterna verdad de la unidad del Dios Sumo, á través de toda la extensión del globo entonces conocido.» Seid Ameer Alí (1), descendiente del profeta, escribe por su parte: «Negamos en absoluto que el Islam siempre empuñara la espada con el propósito del proselitismo. El Islam desenvainó la espada sólo en defensa propia, y la mantuvo desenvainada en su defensa. El Islam nunca intervino en los dogmas de ninguna fe moral, ni persiguió, ni estableció la Inquisición.» A pesar de esto, se *desenvainó* la espada, y los muslines la empuñaron con complacencia (2).

Pero también se ha puesto en duda que el espíritu religioso del Paganismo estuviese preparado lo bastante para que podamos hallar en él las razones de la admisión de la nueva fe. Los cultivadores de la Teología imparcial han indicado en abundancia semejantes razones suficientes, que el examen más sagaz no será parte á desvirtuar por concepto alguno. Mucho se ha ponderado el escepticismo romano de la época de Augusto y el poco valor que las numerosas personas ilustradas de aquella sociedad concedían, no sólo á las supersticiones populares, sino á la creencia misma en los dioses. Yo no lo niego en principio, pues los testimonios de Cicerón y de Séneca, y en general, todos los documentos contemporáneos hablan muy claro acerca de ese ambiente de incredulidad que sobre la Roma imperial se había extendido. Con todo esto, no debe olvidarse que el escepticismo romano, que permitía dudar de los dioses, creía en milagros. Por debajo de ese escepticismo, los hombres del Imperio, que, sin ser fanáticos, tampoco eran incrédulos en el sentido moderno de esta palabra, guardaban todavía muchos prejuicios religiosos de la infancia, y hallábanse aún harto dispuestos á dar crédito á sucesos sobrenaturales, siempre que fuesen atestiguados por testigos oculares que les pareciesen suficien-

(1) *Les apôtres*, introducción.

(2) *Essays*, IV, 30.

(1) *Critical examination of the Life and Teachings of Mohammed*, 213.

(2) Gilman, *History of the Saracens*, XVI.

temente serios y fidedignos. El origen divino de Cristo, ó su resurrección, afirmados y predicados por varones de la entereza y de la venerabilidad de un San Pablo, no podían considerarse por los romanos como absurdos risibles, sino, á lo sumo, como enigmas maravillosos, para cuya solución sentíanse sólo impotentes. Cuando el Apóstol paseaba con ellos y les hablaba de un Creador que gobierna el cielo y la tierra de la caída del hombre y de la redención del mundo, del resurgimiento de los muertos y de la vida eterna, les parecía, sin duda, oír cosas menos fabulosas, menos insensatas y menos ridículas que sus exagerados cuentos de *lares*, *penates* y *lemures*. Sienkiewicz (1) confiesa que en aquel tiempo los romanos escuchaban con atónita curiosidad, no sólo de boca de misioneros, sino de marinos y soldados veteranos, narraciones de la India, de la Arabia, de los archipiélagos que rodeaban la Bretaña, y en los cuales, en una pequeña isla que habitaban los espíritus, Briareo, el gigante de cien brazos, había aprisionado durante su sueño á Saturno. Y escuchaban también historias de las regiones hiperbóreas, en donde había mares helados, y de los silbidos y ruidos que daba el aire al Océano cuando el sol se hundía en él como á tomar su baño. Y las consejas de este género hallaban fácil acceso entre la plebe, lo cual no era de extrañar, puesto que las creían hombres como Tácito y Plinio. De este último nos testifica, en efecto, Petronio, que no creía en los dioses, pero sí creía en los sueños. La severa crítica del mismo Petronio relegó desdeñosamente á Tácito al grupo de los romanceros históricos, y no anda muy lejos de tal parecer la crítica moderna que, más que como un historiador sobrio y competente, le considera como un falso erudito, que ha fascinado demasiado tiempo á los maestros de escuela y á sus discípulos por la hermosura de su dicción, y para quien la verdad de los hechos era de menos importancia que el redondear una frase (2). ¿Y

todo por qué? Por haber llenado páginas enteras hablando de manifestaciones divinas. En cuanto á Tito Livio, tampoco se le puede regatear el mérito de haber hecho entrar en el dominio de la historia los sucesos de esta época acompañados de una multitud de signos divinos ó sobrenaturales. Con el candor más infantil, se refiere á cada paso á abismos abiertos en el corazón de los pueblos y que nadie podía cegar; á estatuas de los dioses que pronunciaban palabras, agitaban sus armas ó movían sus cabezas; á llamas que brotaban del suelo y devoraban casas y campos; á voces que sonaban por los aires, sin que se pudiese averiguar quién las profería; á águilas que se posaban en los cascos de los guerreros y defendían á éstos contra el enemigo; á lluvias de sangre, á oráculos, á sibilas, etcétera, etc. Y esto no fué privilegio de historiadores tan tradicionalistas, patriotas y literarios como Tito Livio ó Tácito. Ningún otro que el sobrio y seco Suetonio se ha complacido en pintarnos los signos de protección ó de cólera de las divinidades del Olimpo del modo más poético, mostrándonos milagros, presagios, bueyes divinos y simbólicos, etc., etc. Nerón, el *impío* Nerón, que no creía en los dioses, y de ello hacía gala, los temía, sin embargo, y muy especialmente á la misteriosa Vesta. Y por otra parte, creía en los espíritus, sobre todo, en el de Agripina, su madre, á la que había hecho matar: un invencible sentimiento de superstición le inducía á dar crédito á los que le decían que aquel espíritu vagaba errante á la luz de la luna, sobre el mar, en los alrededores de Bayas y de Bauli (1). Aun los viejos escépticos cedían á la influencia de las preocupaciones por motivos diversos, pero que demuestran en conjunto mi tesis. Virgilio admiraba á Lucrecio y le envidiaba; pero se negó siempre respetuosamente á imitar su audacia. Havet (2) no anda descaminado al llamar á

(1) Añadamos, como detalle significativo, que, en lo literario, «Nerón era defensor de las antiguas escuelas y de los viejos cánones. La mitología le encantaba, y Stacio habría sido su bello ideal, si hubiera podido conocerlo.» (Boissier, *L'opposition sous les Césars*, V, 3.)

(2) *Le Christianisme et ses origines*, II, 12.

(1) *¿Quo vadis?* XXXVI.

(2) Todas estas acusaciones se hallarán en la obra recientemente (1902) publicada en Londres por Taner con el título de *Tiberius the Tyrant*, I, 1.

Virgilio «el vate piadoso por excelencia». Su *Eneida* es un poema sagrado. Eneas está constantemente ocupado en hacer homenajes y holocaustos á los dioses, y éstos, á su vez, le llevan como por la mano en todos los actos de su vida. Un poema de Ovidio, los *Fastos*, está consagrado á celebrar las creencias y prácticas de la religión romana, y de trecho en trecho, mezcla plegarias con descripciones. En todo él, Ovidio enseña á someterse á la fe. «Bueno es que haya dioses, y puesto que es bueno, debemos amarlos y ofrecer en sus altares el vino y el incienso.» Toda la brillante poesía del reinado de Augusto fué tan religiosa como monárquica. Tibulo se entretenía en enumerar como otros tantos títulos á favor de los dioses, todos los deberes que el hombre está obligado á cumplir con ellos; sus elegías están llenas de súplicas, de sacrificios de expiación, lo mismo que las de Propertio. Horacio no era devoto en su juventud; en una composición escrita antes de tener influencia con el Emperador, se había declarado partidario del incrédulo Epicuro, á propósito de unas supuestas apariciones de los dioses; pero no reincidió, y siempre que tocó asuntos de religión, no fué sino para honrarla. Gran parte de sus obras son cantos religiosos, verdaderos himnos á Júpiter y á todos los dioses, á quienes invoca para la salud del Imperio. En los diversos cantos que los caprichos de su musa le inspiró, no sólo introdujo á los dioses, y tuvo en los labios sus sacrosantos nombres, sino que empleó continuamente las palabras *altar*, *libación* y *sacrificio*. La rica literatura de la época de Augusto nos ilustra á maravilla sobre el estado en que se encontraban las almas en punto á religión: «esa edad vivía en pleno delirio sobrenatural», ha dicho Havet. En la *Vida de Bruto*, de Plutarco, pueden verse acumulados prodigios, presagios y causas supersticiosas, cuentos todos que una vieja de buen sentido no referiría hoy á los niños. ¡Qué impresión más pueril, más llena de superstición, la que sintió todo un estoico como Bruto, antes de la batalla de Filipos, una noche que velaba en la tienda! Presentóse de súbito á sus ojos una aparición de aspecto raro y terrible, que á

su natural é inmediata pregunta: *¿Quién eres, hombre ó dios?*, respondió resueltamente: *Soy tu genio malo, y me verás otra vez en la batalla de Filipos.* ¡Oh! ¡Verdaderamente el estoico estaba alucinado! Nunca creyó hallarse tan bien relacionado con todos los poderes invisibles del «alma del mundo» (1). Nadie ignora por qué medio se apoderó Marco Antonio del pensamiento de las masas en el acto solemne de los funerales de César. Una circunstancia fortuita, la aparición de un cometa, hizo creer al vulgo que aquel astro era el alma de César, que acababa de ser recibida entre los dioses; creencia que Antonio contribuyó á robustecer, construyendo en el templo de Venus una estatua de bronce que representaba al dictador con una estrella de oro en la cabeza. Los libros recuerdan los siniestros presagios que hubo antes de la muerte de Augusto y de todos los demás emperadores, antes de la victoria de Farsalia y del desastre de Varo. Los dioses se revelaban algunas veces para prometer su protección, pero más frecuentemente para mostrar su cólera. Un ejemplo de lo primero hallamos en Dionisio de Halicarnaso, quien pretende que, habiendo las matronas romanas mandado erigir una estatua á la Fortuna femenina, esta estatua habló en presencia de todas para honrar su piedad. En general, cabe decir que los más descontentos de los espíritus romanos superiores se parecían no poco á aquel *Spendio* de que habla Flaubert (2), y que «hubiese escupido á Júpiter

(1) El día siguiente, Bruto, que todo lo refería á su hado fatal, consultó con el epicúreo Casio el significado de la visión que había tenido. Casio le escuchó escéptica y benévolamente, y le dejó concluir para mejor desengañarle. Partiendo entonces de las teorías de Lucrecio, inspiradas en las del griego divinamente sabio que vino á librar al hombre de los vanos temores á lo desconocido, le demostró que era absolutamente incompatible con cuanto sabemos de la naturaleza de las cosas la creencia en milagros, apariciones de espíritus y otras acciones sobrenaturales.

(2) *Salambó*, VI. Compárese con Mommsen (*Roemische Geschichte*, III, 12): «La incredulidad y la superstición, refracciones diferentes del mismo fenómeno histórico, marchaban al unísono en el mundo romano de aquel tiempo, y no faltaban individuos que reunían las dos cualidades, negando los dioses con Epicuro, y deteniéndose ante cada santuario para orar y hacer sacrificios.»

Olimpico; pero temía hablar en voz alta á oscuras y cada día se calzaba primero el pie derecho»; por donde puede conjeturarse que la generalización del escepticismo que aquí se combate, no lo fué tanto como se supone. En la misma cuestión de si las religiones existentes, los cultos y la fe, eran mejores que la duda para la sociedad, había en el Imperio romano diversidad de criterio y contradicciones sin número. Todas las formas del culto eran consideradas por el pueblo como igualmente verdaderas, por los filósofos como igualmente falsas, y por los magistrados como igualmente útiles (1). Pero, aun concediendo que el escepticismo fuese general, no hay que extrañar el hecho, entendiendo por escepticismo el práctico, es decir, la esterilidad religiosa. Frecuentemente, la esterilidad religiosa dispone á la credulidad. La raza y el individuo que no tienen originalidad dogmática están muchas veces predestinados á creerlo todo y á aceptarlo todo (2). Los dos países en que el Budismo ha tenido el más brillante resultado, el Japón y la China, son los que se habría podido creer menos preparados para recibir de la India la buena nueva de salvación.

Pero todavía se ve más claro la exactitud de lo que afirmo y la excelente preparación de Roma para recibir la fe cristiana, tomando la cuestión de más alto y penetrando á la luz de una profunda filosofía de la historia en el papel del espíritu religioso de aquel imperio en la evolución de nuestra raza. Roma y su fe religiosa nos ofrecen el espectáculo de una aspiración que parece estar en la naturaleza del espíritu humano. Si profundizáis lo que sienten los romanos en punto á creencias, desde los tiempos más antiguos, hallaréis en el fondo de este sentimiento la lucha del presente con el pasado. Del mismo modo, si consideráis el dolor que siempre han experimentado ante la desproporción existente entre el pasado y el presente, vendréis á encontrar en él la diferencia entre el símbolo y la realidad. Basta

considerar la transformación que se produjo en la Ciudad Eterna al pasar de ser la capital de una nación sin importancia, á la capital que fué del mundo, y la fe que aun hay entre los romanos fanáticos de que llegará día en que vuelvan á dictar sus leyes *urbi et orbi*, para reconocer en aquel clásico imperio del poder, el testigo de todas las aspiraciones europeas, de todos los sueños de la religiosidad tradicional, del apego á las cosas muertas, olvidadas, caducas.

A la primera ojeada que uno echa sobre los recuerdos de Roma, observa que son todos religiosos ó se refieren á la religión. Roma y su religión se hallan unidas en estrechísimo himeneo; y todavía hoy, en ella están para la imaginación del pensador los misteriosos tálamos donde se desposaron el Paganismo y el Cristianismo, y en ella se ven como impresas las huellas del mártir y del apóstol, que ofrecen al escéptico un motivo de veneración respetuosa y al creyente un altar. A tal punto llevó en religión las cosas, que con ser, después de China, el país en que más clara notamos la realidad é influjo del culto á los antepasados, se dejó impulsar por la tendencia (que ha existido siempre en otros pueblos) á admitir dioses extranjeros y á colocarlos bajo una forma cualquiera (en diversos grados jerárquicos) al lado de los dioses indígenas. Los romanos, tan celosos de sus divinidades, dieron hospitalidad á todas las de las naciones vencidas. A los antiguos dioses verdaderamente itálicos, vinieron á juntarse, en el transcurso de los siglos, todas las divinidades griegas imaginables y aun todas las divinidades orientales. Como una sensitiva es igualmente amorosa para todos los rayos del sol que la acarician, Roma fué igualmente afectuosa para todos los sistemas de religión que la circundaron. Por eso la religión romana se mostró siempre como un principio de fe interna y externa á la vez, causa universal de las creencias individuales, individual por otra parte en sí misma, síntesis de los sistemas, que era el uno y el otro, sin ser ni el otro ni el uno. Hasta puede decirse con Sielinsky (1) que, cuanto me-

(1) Gibbon, *History of the decline and fall of the Roman Empire*, II, 1.

(2) Renan, *Nouvelles études d'histoire religieuse*, 101.

(1) *Wir's'nik Europy*, Marzo, 1903.

nos sujeto estuvo un hombre á una religión determinada, más se aproximó á Roma y con mayor intensidad experimentó su fuerza atractiva.

Mas no hay que engañarse acerca de la verdadera naturaleza de esta relación. Como ha observado muy bien Mommsen y ha repetido Puglia, en la religión de los romanos, lo que ha prevalecido no es el sentimiento interno, sino la forma exterior y social. El culto de las diversas divinidades no tenía el valor de un fin, sino el de un medio para fines políticos, ó por mejor decir, para fines terrestres. He aquí por qué se concedió tanta tolerancia á todas las creencias religiosas: he aquí por qué se dejaron, con los pueblos vencidos, penetrar en Roma los dioses de estos pueblos: he aquí por qué no tuvo lugar jamás una guerra civil ó de defensa basada en causas puramente dogmáticas. Los romanos no se preocupaban de la vida ultra-mundana, sino de la vida presente, y la religión tenía á sus ojos más valor para lo de aquí que para lo de allá. Ya se ha visto que la sociedad romana, por su extensión territorial y las consiguientes necesidades administrativas, ofrece un tipo eminentemente político diferente del de las ciudades griegas, respecto á las cuales tenía que ser sociológicamente más moderna, en razón de su misión misma. Las funciones políticas se separaron en ella muy pronto de las funciones religiosas y se les subordinaron (1). Gracias á esta preponderancia del principio político, y al carácter igualmente político de la religión, el Estado no prestaba á ésta su apoyo, sino en tanto que los atentados dirigidos contra ella le amenazaban á él mismo indirectamente. Las creencias religiosas de Estados extranjeros, ó de extranjeros que residían en el Imperio Romano eran toleradas si se encerraban en sus límites y no tocaban muy de cerca al Estado (2). En Roma se vió además que los crímenes contra la religión disminuían de gravedad cuando se definían claramente, cuando se circunscribían y se reducían. Lo

(1) Fouillée, *Esquisse psychologique des peuples européens*, 61.

(2) Reis, *Droit criminel des Romains*, 887.

que era *crimen inexpiabile* en Atenas, era en Roma *crimen expiabile* por medio de un sacrificio á los dioses: así ocurría con la profanación de todo *locus sacer* y de todo *locus religiosus*, con la exposición de un muerto á los rayos del sol, etc. (1).

Por esta razón, el estudio de la religión de los romanos ofrece un interés extraordinario. No pretendo agotar los aspectos de ese estudio, tarea interminable para un artículo: á mi propósito, mucha más importancia tiene insistir en las causas que favorecieron la propagación del Cristianismo en el Imperio Romano. Una de ellas fué, sin duda, el hecho mismo de no ser precisamente los sabios, los fuertes ó los poderosos, sino los perseguidos, aquellos cuyas vidas se arrastraban entre el infortunio y la opresión, todos los tristes, todos los desgraciados, quienes acudían á escuchar la prodigiosa buena nueva, la palabra de Dios que, por amor á los hombres y por redimir sus pecados, habíase entregado á la crucifixión. Siempre ha sucedido y sucederá lo propio por lo que á la propagación de creencias toca: la ciencia y la cultura no pueden jugar aquí ningún papel. «El hermoso deísmo ecléctico de Cicerón, continuado y perfeccionado por Séneca, dice Renan, era la creencia de un pequeño número de inteligencias, que no ejercían influencia alguna en su siglo». La explicación de este aspecto del problema corresponde á esa nueva investigación conocida hoy con el nombre de *psicología de las multitudes*, investigación sin cuyas enseñanzas nos parecerían milagrosas las tres cuartas partes de los hechos de la historia.

Otra causa que contribuyó á favorecer la nueva secta, fueron las desgracias de los Judíos, que, sobre todo durante el segundo período del reinado de Calígula, estuvieron en lucha con este príncipe. Renan ha contestado ya por mí: el Cristianismo, que debía sostener más tarde una lucha tan terrible con el Imperio Romano, creció á la sombra del príncipe romano y bajo su protección. En la historia de las religiones observamos que sólo los primeros años son difíciles de atra-

(1) Durkheim, *Division du travail social*, 175.

vesar. Una vez que una creencia ha resistido á las duras pruebas que sufre toda fundación, su porvenir está asegurado. La primitiva Iglesia de Jerusalén habría perecido, si Roma no hubiera impedido al judaísmo entregarse por completo á sus instintos de intolerancia y ahogar las manifestaciones libres que se producían en su seno. Todo decrecimiento de la autoridad judía era un beneficio para la secta naciente. Además, esta secta era muy poco numerosa para que se conociese en Roma su existencia. La tormenta de los tiempos de Calígula, así como la que acompañó á la toma de Jerusalén por Tito, pasó sobre su cabeza, y hasta cierto punto le fué útil. Renan insiste mucho en que todo lo que debilitaba la independencia judía le era favorable, por haber llegado á imperar en esta secta una ortodoxia intransigente, que apoyaba sus doctrinas con severas penalidades.

Pero lo que no supo Renan—por lo menos no nos lo dijo—es que judíos y judíos cristianos no fueron claramente distinguidos hasta la época de Trajano (98-117), ó quizá más adelante, en los días de Adriano (117-138). Los grandes resultados obtenidos en este punto por la crítica histórica, se han adquirido por medio de estudios detenidos sobre el *Talmud*, documento del cual tuvo siempre Renan un conocimiento tan superficial y defectuoso, que llegó á decir que en él apenas se menciona á Jesús y á los cristianos. Y, sin embargo, sólo el análisis de las historias de Jesús que refiere el *Talmud*, comparadas con las *Epístolas* de San Pablo, pueden dar una idea exacta del desenvolvimiento del Cristianismo, que sin haberse precisamente propagado á la sombra del nombre judío, como parece indicar Renan (1), era tolerado al principio como secta judaica, y sólo en Palestina sufrió las muchas persecuciones de que habla el *Diaspora*.

Del estado de preparación puramente social que el Imperio había alcanzado en aque-

llos tiempos y que explica la facilidad con que abrazó la idea cristiana, parece inútil, y no sé si inoportuno, hablar en este trabajo. Pasa á muchos, por ejemplo, que haya podido establecerse el Cristianismo con sus máximas de monogamia rigurosa y de pureza casi absoluta dentro del matrimonio en una sociedad donde era motivo de asombro encontrar una mujer á quien poder dar el calificativo de *univira* (de un solo marido). Pero, ¿acaso era crónica en aquella sociedad esa disolución? ¿No la habían precedido muchos años de virtud doméstica? Entre las naciones que había conquistado, Roma descollaba por sus antecedentes familiares de severidad y castidad. ¿Dónde mejor podrían prender las sublimes ideas del Cristianismo sobre la dignidad de la mujer que en un pueblo en que la desposada decía al que celebraba con ella contrato matrimonial: «Donde tu serás el señor, yo la señora», *Ubi tu Caius ego Caia?*

NO debo pasar adelante, sin distinguir entre las razones físicas y las razones formales que pueden militar á favor de mi teoría: pues las primeras atañen á las causas de los fenómenos históricos de la evolución pagana y cristiana, en tanto que las otras no reflejan más que las circunstancias de tiempo y lugar propias de los hechos humanos. Si, por ejemplo, nos limitamos á las primitivas iglesias del Asia Menor, y en especial á la de Jerusalén, encontraremos razones formales que hacen que nuestro criterio, si peca de algo, sea de moderado é imparcial. A Renan (1) le parece, desde este último punto de vista, que «la conversión del mundo á las ideas judías y cristianas era inevitable», y sólo le asombra notar «que esa conversión se haya hecho tan lenta y tardíamente», y á nadie, en verdad, parecerá tal empresa una locura, ni un milagro el haber logrado el fin que en ella se encerraba. El mismo Doellinger (1) reconoce y enumera las circunstancias humanas que en ese sentido favorecien-

(1) En el siglo XVIII se había sostenido ya esa tesis por Krafft (*De nascenti Christi ecclesiae sectae judaeicae nomine tuta*, 9, 15) y por Seidenstucker (*De Christiani ad Trajanum usque a Caesaribus et senatu romano pro cultoribus religionis mosaicae semper habitis*, 20, 41).

(1) *Les apôtres*, XVI. Cotejese con los capítulos II, XI, XIII, XIV, XV y XVII.

(2) Citado por Schröckh, *Der Fall des Heidenthums*, I, 24. Compárese con Beugnot, *Histoire de la décadence du paganisme en Orient*, I, 2, 400; II, 16, 375.

ron la propagación del Cristianismo apostólico. El aspecto económico, por ejemplo, ese aspecto de que ningún teólogo se ha dignado hablar, fué provisionalmente uno de los medios más delicados que la exuberante piedad de los primeros misioneros cristianos tuvo á su servicio. La idea de los grandes apostolados destinados á convertir á los gentiles, comenzando por el Asia Menor, no pudo nacer en la Iglesia de Jerusalén: brotó solamente en la Iglesia de Antioquía. ¿Por qué en Jerusalén no pudo nacer? Porque allí había comunismo y ebionismo, en tanto que en Antioquía había exceso de actividad y riquezas. Jerusalén fué el centro de los judíos cristianos: Antioquía el punto de apoyo de San Pablo y del Cristianismo universal y progresivo.

En las relaciones exteriores de las conquistas apostólicas de este infatigable propagandista y de sus colaboradores se nota un fenómeno semejante. Consideremos, por ejemplo, á Egipto. Renan no ha dejado de observar que este país no desempeñó papel alguno en la historia apostólica. Los misioneros cristianos, dice, parece que le vuelven la espalda por sistema. Egipto, que á partir del siglo III, fué el teatro de acontecimientos tan importantes en la historia de la religión, retardó su ingreso en el Cristianismo. Apolos es el único doctor cristiano salido de Alejandría en el período apostólico, pero aun éste conoció el Cristianismo en sus viajes (1). Debemos atribuir la causa de este fenómeno digno de observación, á las pocas relaciones que existían entre los judíos de Egipto y los de Palestina, y especialmente al hecho de que el Egipto judío tenía hasta cierto punto su desenvolvimiento religioso aparte. Egipto tenía á Filon y á los *Terapeutas*: este era su Cristianismo (2) que la descaminaba y prohibía prestar atento oído al otro. Por lo que respecta al Egipto pagano, poseía instituciones religiosas mucho más resistentes que las del paganismo greco-romano (3); la religión egipcia estaba en su apogeo, y este era el

momento casi preciso en que se constituían aquellos enormes templos de *Esneh*, de *Ombos*, y en que la esperanza de tener en el pequeño César un último rey Ptolomeo, un Mesías nacional, creaba los santuarios de *Denherah* y de *Hermonthis*, comparables á las más grandes obras faraónicas. El Cristianismo tomó asiento en todas partes sobre las ruinas del sentimiento nacional y de los cultos locales. La degradación de las almas en Egipto hacía difíciles las aspiraciones que dieron tan fácil acceso al Cristianismo en los demás sitios.

Vemos, pues, que la esencia de la religión cristiana se acomodaba en el paganismo europeo mejor que en los sistemas religiosos del Asia, y sin embargo, no por eso dejó de tener que subordinarse para fortalecerse. «Para vencer el gentilismo, dice Guyau (1), el Cristianismo necesitó transformarse: se hizo latino en los países latinos, germano en los países germanos» (2). Cuando una religión nueva penetra en un pueblo, no destruye jamás el fondo de creencias que han echado raíces en el corazón de este pueblo. La fuerza de la costumbre es tan considerable, que hace al hombre seguir practicando parcialmente el mal, aun después de llegar á una conciencia completa del bien y profesando parcialmente el error, aun después de llegar á una conciencia completa de la verdad. Cualesquiera que sean los reparos que puedan presentar á este modo de ver el exclusivismo dogmático ó el tradicionalismo sobrenaturalista, no tienen fuerza alguna ante la realidad de la historia. «Hay personas, escribe acertadamente Coquerel (3), á quienes parece impío admitir que el Cristianismo no ha caído del cielo como un aereolito, sino que se ha aprovechado de una larga preparación histórica ó providencial. Esto es una puerilidad. Si la palabra de Jesús hubiera caído en un suelo yermo, hubiera

(1) *L'irreligion de l'avenir*, 212.

(2) Napoleón decía en cierta ocasión al Consejo de Estado: «Haciéndome católico, es como he terminado la guerra de la Vendée; haciéndome musulmán, me establecí en Egipto; y haciéndome ultramontano, gané al clero de Italia. Si gobernase un pueblo judío, reedificaría el templo de Salomón.»

(3) *Des premières transformations historiques du Christianisme*, 16.

(1) Véanse los *Hechos de los Apóstoles*, XIII, 24.

(2) Léase el tratado *De vida contemplativa*, de Filon.

(3) Consúltese al Pseudo-Hermes, *Asclepius*, 158, 159.

quedado inerte é infecunda como las piedras que vienen de los bólidos ó de los volcanes lunares. El campo estaba labrado antes de que apareciese el sembrador. El Cristianismo, por grande y verdadero que sea, no hubiese encontrado secuaces, si las almas no se hubiesen sentido capaces de apreciar su valor.» Esto es exactamente lo mismo que sostiene Bossuet, autoridad nada sospechosa en la materia que tratamos, cuando en su *Discours sur l'histoire universelle* nos descubre tan bien y tan atinadamente la traza de la Providencia apaciguando á los romanos y dándoles unidad para el establecimiento de su nuevo y eterno pueblo cristiano. Y el conocido historiador eclesiástico, Alzog, ha formado capítulo aparte para tratar de las circunstancias favorables á la religión cristiana, capítulo que compendia en estos términos: «Aquel era el momento más propicio para fundar y establecer la influencia universal del Cristianismo. Jamás se había deseado tanto una religión en espíritu y en verdad; ni nunca el mundo se hubiera encontrado mejor preparado para ella» (1). Así, pues, los pueblos, al advenimiento de Cristo, se hallaban en la más indicada disposición para recibir su doctrina. La idolatría estaba desacreditada, sentíase vacío en el alma y era como presentimiento y voz general que los dioses se iban, *excedere Deos* (2). Esto y el dominio universal de los romanos, á la sazón en paz octaviana, fué sin duda la más feliz preparación que el mundo pudiera tener para albergar en su seno al Cristianismo.

Y que no se nos oponga la corrupción de costumbres, consecuencia de la falta de creencias, para tratar de explicar la rápida propagación del Cristianismo por la intervención de Dios. En otra obra (3) he considerado como una de las causas de esa propagación «la decadencia misma en que se hallaba la sociedad romana y su tolerancia general, no desmentida por las persecuciones periódicas de ciertos Emperadores. Aunque parezca extraño el caso, la excesiva corrupción gentilica, lejos de ser un obstáculo, fué un motivo de

la gran reforma evangélica. Es un hecho (1) que en las edades y centros de más complicada y refinada civilización, en Alejandría, por ejemplo, en tiempo de los sucesores del hijo de Filipo, y en Versalles, en tiempo de Luis XIV y de Luis XV, es cuando por contraposición se ha despertado el gusto y hasta la manía de la poesía bucólica, del idilio, de la vida campestre, del amor sencillo entre pastores y zagalas. Un fenómeno parecido podía observarse en el corazón mismo de la Roma imperial. Los abusos de los emperadores, la disolución de las costumbres, la tolerancia de los cultos, la actitud de los germanos, todos los signos de la decadencia de Roma, crearon un estado de cosas capaz de precipitar su ruina, pero de preparar á la vez el advenimiento de las nuevas ideas.

Esto es lo que la filosofía y la razón nos enseñan sobre la verdad de la adopción del Cristianismo por el mundo pagano. Históricamente considerado, el Cristianismo no se propagó, como se supone, rápida, pero siempre sucesiva y gradualmente por efecto de la predicación: pues sin negar la mayor ó menor eficacia de ésta en los hombres de aquel tiempo, ni dejar de reconocer que, para la época en que el Imperio, próximo ya á su ruina, abrazó el Cristianismo, los apóstoles ó discípulos de Jesús habían hecho ya un número considerable de prosélitos, hay que confesar también que, sin la disposición radical de Teodosio, la oposición entre el bando cristiano y el bando pagano se hubiera prolongado indefinidamente, verdad reconocida hasta por los Padres de la Iglesia. Ahora bien, ¿qué fué la medida de Teodosio, sino un golpe de Estado semejante al de 18 de Brumario? ¿Qué fué ese acto, sino el retroceso respecto á la antigua tolerancia religiosa del pueblo y del Imperio Romano y una aplicación del absurdo principio de que el Estado puede y debe imponer una religión para el bien común de sus súbditos y para la unidad y completa solidaridad de la Nación, base de la prosperidad y fuerza de los reinos?

Políticamente hablando, el Cristianismo

(1) *Historia universal de la Iglesia*, I, 121.

(2) *Camara, Contestación á Draper*, 42.

(3) *Democracia y clericalismo*, IV, 23.

(1) Lo recuerda Valera en *Las ilusiones del doctor Faustino*, XXVIII.

es «la herencia que el Imperio Romano ha dejado al mundo» (1). Para quien esté al corriente de las leyes sociológicas de evolución del Politeísmo, es evidente que el culto cristiano aniquiló más la idolatría de los paganos que su piedad. Y no es lo menos que esta piedad persistió aún en la misma idolatría que con los siglos se fué poco á poco introduciendo en el seno de la Iglesia. La prueba de esta afirmación requeriría un cúmulo tal de transcripciones razonamientos y reunión de datos, que, de darla en sus pormenores, resultaría este estudio interminable. No voy, pues, á demostrar que el Catolicismo, con sus decorados, con sus ornamentos, con sus imágenes, con sus estatuas, con sus prácticas, con sus pompas, con sus rituales y su organización eclesiástica, es la conciliación del Paganismo intemperante y la austera fe cristiana y apostólica, la semi-victoria del arraigado espíritu gentilico sobre el espíritu de sencillez y de sobriedad religiosas, nacido en Galilea. Quiero creer que todos los hombres imparciales están conformes conmigo en este punto y en que, por lo menos, no podrá acusarse al Catolicismo de haber arrancado del sendero del hombre las flores que ocultaban el abismo de la voluptuosa animalidad de *Pan*, flores tan extrañas á la pura espiritualidad de *Cristo*.

Concluyamos: la frase de San Jerónimo: *Gimió el mundo y asombróse de verse arriano*, no es aplicable, ni al Cristianismo apostólico, ni al Cristianismo católico posterior; y por lo tanto, el argumento, en que los teólogos ortodoxos tanto fían, de la prodigiosa propagación de la fe cristiana, que haría imposible la perpetuación del espíritu pagano durante tantos siglos, cae por sí solo, puesto que carece de base racional, de fundamento sociológico. Tiene esa propagación un significado social muy interesante, que va poco á poco reconociéndose noblemente por los sociólogos juiciosos; tiene en ocasiones un sentido conmovedor y hermoso, para cuantos corazones sep an amar; tiene, especialmente, un fondo sublime de pesimismo sano de exclusivismo legal y hasta de espíritu re-

volucionario, en el buen sentido de la palabra. Esto es cuanto la sociología puede conceder á la Teología. Cierto, que la terquedad pagana extremó la intolerancia y la mala fe, sobre todo en la política de Juliano, y de esta persecución no sacó ningún fruto. Pero si bien se mira, ¿qué hay en el último esfuerzo del Paganismo moribundo, sino un cántico funeral semejante al que entonaba el Profeta de las lágrimas sobre los muros rotos de Jerusalén?

INSTITUCION

LIBROS RECIBIDOS

Killing (Nikolaus).—*Die Entstehungsgeschichte der Münsterschen Archidiakonatr.*—Münster, Regensbergsche Buchhandlung und Buchdruckerei, 1902.—Don. de la Universidad de Münster.

Nelke (Leo).—*Die Chronologie der Correspondenz Cyprians und der pseudocyprianischen Schriften ad Novatianum und Liber de Re-baptismate.*—*Disertation.*—Thorn, S. Buszcynski, 1902.—Don. de id.

Reuther (Heinrich).—*Pausanias, Sohn des Kleombrotos, Führer der Griechen in den Kämpfen gegen die Perser von der Schlacht bei Platää bis zur Eroberung von Byzanz.*—*Inaugural-Dissertation.*—Bonn a. Rh., Seb. Foppen, 1902.—Don. de id.

Pinter (Nicolaus).—*Lucanus in tradendis rebus geographicis quibus usus sit auctoribus. Commentatio philologica.*—Monasterii Guestf. J. Bredt, 1902.—Don. de id.

Gulik (W. van).—*Der Scholaster Johannes Gropper und seine Thätigkeit im Churfürstentum Köln bis zum Jahre 1540.*—Münster i. Westf., Druck der Westfälischen Vereinsdruckerei vormals Coppenrathschen Buchdruckerei, 1902.—Don. de id.

Neunheuser (Johannes).—*M. Aemilius Lepidus. Die Reformen des Sulla und die ersten Versuche, sie im römischen Staate rückgängig zu machen.*—*Inaugural-Dissertation.*—Essen a. Ruchr, G. D. Baedeker, 1902.—Don. de id.

(1) Draper, *History of the conflict between religion and science*, II.